

ISSN: 1514-5581

Marcela Croce

Sol y Luna:

Falangismo y *Syllabus* entre Justo y Ramírez



Hipótesis y Discusiones/23



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Marcela Croce

Sol y Luna:

Falangismo y *Syllabus* entre Justo y Ramírez

Hipótesis y Discusiones/23



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Director
David Viñas

SERIE MONOGRÁFICA

Hipótesis y Discusiones es una publicación
del Instituto de Literatura Argentina "Ricardo Rojas"
25 de mayo 217 - C.P. 1002 - Capital
Tel.: 4334-7512, 4342-5922, 4343-1196. Fax: 4343-2733

© FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

-ARGENTINA-
edición 2002

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**

DECANO
Dr. Félix Schuster

VICEDECANO
Dr. Hugo Trinchero

SECRETARIO ACADEMICO
Lic. Carlos Cullen Soriano

SECRETARIA DE INVESTIGACIÓN
Lic. Cecilia Hidalgo

SECRETARIA DE POSGRADO
Lic. Elvira Narvaja de Arnoux

SECRETARIO DE SUPERVISIÓN ADMINISTRATIVA
Lic. Claudio Guevara

SECRETARIA DE TRANSFERENCIA Y DESARROLLO
Lic. Silvia Llomovatte

SECRETARIA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA Y BIENESTAR ESTUDIANTIL
Prof. Renée Girardi

SECRETARIO DE RELACIONES INSTITUCIONALES
Lic. Jorge Gugliotta

INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

DIRECTOR
Prof. David Viñas

SECRETARIA ACADEMICA
Dra. Marcela Croce

CONSEJO EDITOR

**Alcira Bonilla
Américo Cristófalo
Graciela Dragoski
Eduardo Grüner
Susana Romanos
Miryam Feldfeber
Laura Limberti
Gonzalo Blanco
Marisa Cuello**

**PROSECRETARIO DE PUBLICACIONES
Jorge Panesi**

**COORDINADORA DE PUBLICACIONES
Fabiola Ferro**

**COORDINADORA EDITORIAL
Julia Zullo**

**DIRECCION DE IMPRENTA
Francisco Dasso**

**DIAGRAMACION Y COMPOSICION
Graciela Palmas**

Aproximación

En 1938 aparece el primer número de la revista *Sol y Luna*, que en la breve e irónica descripción que le dedican Héctor Lafleur y Sergio Provenzano¹, postula un retorno a la “fabla de Castilla”. Algún matiz puede proponerse sobre esta afirmación, revisando la colección de 10 números que se publican entre 1938 y 1943, es decir en las postrimerías de lo que se conoce como la Década Infame en la Argentina. Ese segmento abarca el fin del gobierno del general Agustín P. Justo (1932-1938), el período interrumpido de Roberto M. Ortiz (1938-1942), sucedido por Ramón Castillo (1942-1943) hasta el golpe del Grupo de Oficiales Unidos (GOU) que da paso a dos breves mandatos de Arturo Rawson (1943) y del general Pedro Pablo Ramírez (1943-1944).

Sol y Luna no trata de imitar el lenguaje castizo de los cantares de gesta, aunque el propósito central de la revista sea la “restauración” de una lengua que justifique la unificación de España con sus antiguas colonias²; pero es evidente que la fascinación medievalista impregna toda la publicación, sintetizándose en la reproducción de grabados que insisten en los temas religiosos, en la defensa de una ciencia no amenazada por el positivismo (y

¹ Héctor René Lafleur y Sergio D. Provenzano, *Las revistas literarias argentinas*.

² Precisamente la Década Infame estuvo orientada por “la restauración conservadora”. Cfr. Natalio Botana, *El orden conservador*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

que se solaza en un dudoso pitagorismo) y en la conquista de América iniciada por Colón y financiada por la corona española³. Y si no se pretende que los artículos de los colaboradores tengan "curso ritmado per la quaderna vía", se incluyen en cambio textos de la Edad Media como la *Danza de la Muerte* que se empeña en exhibir lo perecedero de la vida mundanal a través del discurso de la Muerte alegorizada y de los grabados de Hans Holbein que abundan en esqueletos y signos funestos.

Las tapas de los sucesivos números contrastan con los excesos gráficos del interior, que convocan vehementemente a la exégesis. El sol de un lado, la luna del otro, debajo del nombre de la publicación, exponen esa austeridad que apenas apela a los colores rojo y azul como única interrupción del blanco general. La misma discreción campea en las páginas escritas, escandidas a veces por ilustraciones, y siempre puestas bajo el auspicio inicial y el corolario final de los grabados que representan virtudes -iluminaciones- del Sol y la Luna. Posiblemente, por la elección de los elementos coordinados, por la adhesión a los movimientos de derecha y por la vehemente hispanofilia, exista un parentesco con la revista española *Cruz y Raya*, aunque en algún número de *Sol y Luna* ese vínculo se resienta notoriamente al declinar el catolicismo de la publicación española.

Hay otra razón para la elección del nombre, que se declara en el número inaugural, cuando la serie de citas de los evangelistas -y procedentes de otros libros, como el de Job, el de los Salmos y el de los Proverbios- promueven la identificación de Jesús con el Sol y de la Virgen María con la Luna. La iluminación y la veneración corren parejas en esos textos, insertándose en una línea de claridades y sombras que alternan en la literatura argentina de la década previa a la aparición de *Sol y Luna*. Contradictorios en sus características y sus recorridos, en 1926 se instalan dos nombres de luz y penumbra: el gaucho Segundo Sombra, que pese a su designación transcurre bajo la luz diurna de las tareas rurales, y la prostituta Clara Beter, que suma a la insinuación sobre

³ El mismo propósito tiene la reproducción de la carta de Dante Alighieri al Can Grande de la Scala, en uno de cuyos párrafos se expone la famosa teoría sobre la variedad de sentidos que puede tener un texto, destacándose cuatro: el literal, el alegórico, el moral y el anagógico (Nº 1, pp. 149-162).

la trata de blancas en su nombre fingido la frecuentación imprescindible de la noche porteña⁴.

La redacción de la revista, dirigida inicialmente por Juan Carlos Goyeneche⁵ e Ignacio Braulio Anzoátegui⁶ (excepto en el N° 1, donde junto a Goyeneche figura Mario O. Amadeo), tenía su sede en la casa del primero, en la avenida Pueyrredón 1777. La presencia de José María de Estra-

-
- ⁴ Con la literatura más contemporánea a la iniciación de la revista no tardan en explicitarse algunos vínculos. En el N° 1, Leopoldo Marechal inscribe una "Carta a Eduardo Mallea" en la que se congratula por *Historia de una pasión argentina* y, pese al liberalismo de quien fuera secretario de *La Nación* y miembro de *Sur*, encuentra una serie de coincidencias entre las que domina la concepción de la Argentina como "un país de misión" (p. 181).
- ⁵ Juan Carlos Goyeneche era hijo del abogado Arturo Goyeneche (nacido en 1877), quien se había desempeñado como diputado nacional por la Capital Federal en el primer período del gobierno radical de Hipólito Yrigoyen (1916-1922), ejerciendo luego la dirección de Correos y Telégrafos en la presidencia de Marcelo T. De Alvear (1922-1928). En 1938, momento de aparición de *Sol y Luna*, el padre de Goyeneche fue intendente municipal. En 1919 había sido presidente de la Universidad Libre de La Boca. Su actuación más significativa corresponde a la década del '40. Cf. Uki Goñi: *Perón y los nazis*. Bs. As., Sudamericana, 1998.
- ⁶ Ignacio Braulio Anzoátegui nació en La Plata en 1905. Abogado egresado de la Universidad de Buenos Aires, fue funcionario en varias oportunidades: auxiliar principal en el Consejo Nacional de Educación (1930-1937), miembro de la Comisión del Digesto del Consejo Nacional de Educación, secretario del Ministerio de Gobierno de la intervención nacional a la provincia de Corrientes (1931-1932), subsecretario de Cultura de la Nación. En el ámbito judicial, su carrera comprendió los cargos de secretario del juzgado de primera instancia en lo Civil (1937-1948), Asesor de Menores (1943-1949) y juez de primera instancia en lo Civil a cargo del Juzgado N° 7 (1949-1955). Como escritor fue autor de obras renovadoras, extravagantes o nacionalistas (hispanófilas), como se verifica en la serie de sus producciones: *Romances y jitanjáforas* (1932), *Georgina Arheim y yo* (1933, primer premio municipal), *Vidas de Muertos* (1934), *La Niña del Ángel* (1935), *Nueve cuentos* (1937), *Tres ensayos españoles* (1938, tercer premio de la Comisión Nacional de Cultura), *Genio y figura de España* (Madrid, 1941), *Extremos del mundo* (Madrid, 1942), *La rosa y el rocío* (1943), *Desventura y Ventura del Amor* (1945), *Cielo y tierra* (1947), *Vidas de payasos ilustres* (1948), *Mitología y vispera de Georgina* (1949), *Antología poética* (1952), *Monólogos con Lady Grace* (1953).

da⁷ como secretario de redacción, al menos por los antecedentes familiares, ya anunciaba las simpatías religiosas que se volverían francamente dogmatizantes en los artículos, especialmente por la participación de sacerdotes como Julio Meinvielle⁸, Juan Ramón Sepich Lange⁹ y Octavio

- ⁷ José María de Estrada nació en Mar del Plata en 1915, en una familia católica cuyo abuelo era José Manuel Estrada, diputado que había promovido en el Congreso, a fines del siglo XIX, la educación religiosa, en batalla con el régimen liberal roquista que defendía la educación laica. José María era egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, desempeñándose allí como profesor de Filosofía durante los años del gobierno peronista (1946-1954), como también en la Universidad de La Plata (1948-1955), al tiempo que enseñaba en el Salvador. Sus obras comprenden *La vida y el tiempo* (1947), *La esencia del arte* (su tesis de 1944), *Filosofía del tiempo* (1954) y *El legado del nacionalismo* (1956).
- ⁸ Julio Meinvielle nació en Buenos Aires en 1905. Era sacerdote (de hecho, vivía en la Casa de Ejercicios Espirituales de Av. Independencia 1194), doctor en filosofía y teología y escritor. Su vocación organizativa se advierte en la fundación del Ateneo Popular de Versalles y la Unión de Scouts Católicos Argentinos. Después de colaborar en *Criterio* y *Sol y Luna*, donde insistiría con la intolerancia que lo llevó a escribir la novela *El judío* (1936) —en un ambiente moldeado por la prédica virulenta del novelista más popular de la época, Gustavo Martínez Zuviría (Hugo West)—, dirigió las revistas *Nuestro Tiempo* (1944-1945) y *Balcón* (1947), además de *Presencia* a fines de los '50. Entre sus obras nacionalistas doctrinarias sobresalen *Concepción católica de la economía* (1936), *Entre la Iglesia y el Reich* (1937), *Un juicio católico sobre los problemas nuevos de la política* (1937), *Los tres pueblos bíblicos en su lucha por la dominación del mundo* (1937), *Concepción católica de la política* (1937-1941), *Hacia la Cristiandad* (1940), *De Lammenais a Maritain* (1945), *Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana* (1948).
- ⁹ Juan Ramón Sepich Lange nació en Buenos Aires en 1906. Sacerdote, doctor en Teología y Filosofía, egresó del Seminario Pontificio en 1926 y se perfeccionó en la Universidad Gregoriana de Roma. Fue profesor en las universidades de Buenos Aires, La Plata, Cuyo y rector del colegio universitario de San Carlos (1944). A partir de 1943 obtiene cargos oficiales: capellán del Patronato de Menores dependiente del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública (1943-1944), director general de Enseñanza Religiosa del Ministerio (1944), agregado cultural a la Legación Argentina en Suiza (1948-1949) y a la embajada ante la Santa Sede. Sus obras oscilan entre la filosofía y el cristianismo, y van desde las previsibles condenas a Descartes (*La teología de la fe en la mística cartesiana*, 1937), pasando por la exaltación mística (*San Juan de la Cruz, místico y poeta*, 1942), hasta la revisión de la obra del intelectual orgánico del nazismo (*La filosofía del ser y el tiempo de Martin Heidegger*, 1954).

Nicolás Derisi¹⁰, entre los colaboradores de más fluida relación con *Sol y Luna*, que habían optado por sus páginas evidenciando la religiosidad de la orientación nacionalista, ya que todos ellos eran redactores de *Criterio*, fundada en 1928 por Atilio Dell'Oro Maini¹¹ y dirigida luego -tras una desdichada experiencia con un jesuita- por monseñor Gustavo J. Franceschi¹². En los números 5 y 6 el único director será Goyeneche, volviendo a compartir el cargo a partir del N°

- ¹⁰ Octavio Nicolás Derisi nació en Pergamino en 1907. Sacerdote, doctor en Filosofía y Letras y Teología y profesor universitario, egresó de la Universidad Pontificia de Villa Devoto. En la Universidad de Buenos Aires enseñó -acorde con los intereses de *Sol y Luna*-- Filosofía Antigua y Medieval (1943-1948). Fue profesor y director de los Cursos de Cultura Católica de La Plata (donde se formaban los cuadros de la juventud cristiana y se organizaban publicaciones doctrinarias). También en consonancia con la orientación de *Sol y Luna*, fundó y dirigió la revista tomista de filosofía *Sapientia*. Sus obras registran un recorrido semejante al de Sepich; entre otras se distinguen *Lo eterno y lo temporal en el arte* (1942), *Ante una nueva edad* (1943), *Benedetto Croce* (1947), *Martin Heidegger y Santo Tomás* (1956), *Tratado de existencialismo y tomismo* (1956).
- ¹¹ Atilio Dell'Oro Maini nació en Buenos Aires en 1895. Abogado especializado en Derecho Comercial en la Universidad de Buenos Aires, fue profesor allí y en La Plata. La década del '30 fue el comienzo de su carrera administrativa: fue ministro de Fomento e Instrucción Pública de la intervención nacional a Santa Fe (1930), interventor nacional de Corrientes (1931) y secretario de Hacienda y Administración de la municipalidad porteña (1932-1938). De 1918 a 1932 (con un breve interregno) fue secretario general de la Asociación del Trabajo. Fundó numerosas instituciones: la Liga de la Juventud Católica Argentina, los Cursos de Cultura Católica, la revista *Criterio* (1928). Presidió el Ateneo de la Juventud y fue condecorado por la Santa Sede con la Orden de San Gregorio Magno.
- ¹² Gustavo J. Franceschi nació en la isla francesa de Córcega en 1881. Sacerdote egresado del Seminario Conciliar de Villa Devoto en 1892, fue profesor de Filosofía General en la Universidad Católica Argentina (1916), asesor eclesiástico del Centro Católico de Estudiantes, del Centro Católico Universitario, de la Liga Económica Social Argentina, de la Liga Católica de Protección a la Mujer, del Sindicato Católico de Maestras y del Centro Blanca de Castilla. Entre sus obras figuran *El espiritualismo en la religión francesa* (1917), *La democracia y la Iglesia* (1917), *Tres estudios sobre la familia* (1923), *La angustia contemporánea* (1928), *Keyserling* (1929). Escribió un ensayo de orientación revisionista titulado *Las actas de la Legislatura de Catamarca y la caída de Rozas*. Durante décadas ejerció la dirección de la revista católica *Criterio*.

7, esta vez con el retorno de Amadeo, miembro de una familia nacionalista cuyo mentor era Tomás Amadeo, fundador de la Universidad del Museo Social Argentino. En ese momento se crea un Consejo de Redacción del que participa Anzoátegui junto con Alberto Espezel, Santiago de Estrada, Máximo Etchecopar, Leopoldo Marechal, Mario Mendióroz y César E. Pico.

El N° 1 condensa en su texto de apertura los temas clásicos del nacionalismo, aunque con un componente católico que se va centralizando en la serie hasta desplazar en ciertos volúmenes las manifestaciones políticas. El imperio religioso por el cual se inclinan los redactores toma de la Edad Media la construcción de alegorías y justifica el nombre propio escogido para la publicación. En una actualidad resistida de manera un tanto ingenua por la ortografía conservadora, en la cual las amenazas a los principios tradicionales proceden de

“un obscurecimiento semejante a la noche [que] gravita sobre los principios eternos [...] *Sol y Luna*, con el doble simbolismo del Sol, que es la luz directa, y de la Luna, que es la luz reflejada, quiere contribuir a dar testimonio de la luz y afirmar los principios substanciales del orden verdadero, los cuales tienen su fanal en la Causa Primera [...] Cuando el Sol y la Luna se miran frente a frente, se produce el claro prodigio de la armonía [...] Nuestra revista, con el simbolismo de su título, quiere significar una ferviente aspiración a tal orden y a tal armonía por el amor del sol y la fidelidad de la luna” (p. 7).

Eso no le impedirá, posteriormente, pronunciarse a través de un redactor español contra el krausismo que propone un polígono armónico como asiento del orden, si bien la descalificación de esa tendencia reside menos en sus enunciados estrictos que en el modo en que desoye lo que para la revista será la única verdad: la filosofía tomista, como perfeccionamiento del aristotelismo clásico y como intervención decisiva e inapelable de la religión en los problemas del conocimiento. El padre Garrigou-Lagrange enuncia esas convicciones en el artículo inicial, sosteniendo que el tomismo es “una de las formas más seguras de la filosofía tradicional” (p. 9) contra las variantes contemporáneas que representan el *agnosticismo* y la *filosofía de la vida y del devenir*. Sin detenerse en objeciones de rigor, el sacerdote engloba en el primero una derivación del kantismo representada en el neopositivismo de Carnap, Wittgenstein, Rougier y el movimiento Wiener Kreis, forzando también a Hume, Comte y Husserl en ese apartado; la segunda comprende la tendencia evolucionista a la que se pliegan, sin que se expliciten matices ni distancias, Gentile -a quien el director

de la revista católica *Criterio* cuestionaba como filósofo del fascismo-, León Brunschwig, Bergson (del cual se ocupará varios números después el filósofo cordobés Nimio de Anquín), Blondel, Scheler, Driesch y Hartmann.

Contra las contingencias representadas por tales exponentes, “la filosofía aristotélica interpretada y desarrollada por Santo Tomás y sus discípulos es el resultado de un examen profundo de la *philosophia perennis*” (p. 11). No obstante, algunas afirmaciones tomistas serán retomadas por aquellos pensadores que resultan excluidos de “la verdad” en el párrafo anterior; así, por ejemplo, el enunciado según el cual “hay más en lo real que en todos los sistemas” (p. 13), será retomado en el Bergson que sostiene que *il n'ya de réel que l'ordre*, como subraya Anquín evitando, no obstante, establecer el vínculo que lleva de Bergson a Mussolini, y de esa especie de aforismo filosófico a la exaltación triunfalista de los hechos en la doctrina del *Duce*. Sin embargo, de soslayo se verifica cómo el tomismo -que asimila y sintetiza otros sistemas “debido a su método analítico-sintético formulado por Aristóteles y perfeccionado por San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino- da cierto apoyo a un totalitarismo como el fascismo a través de la “distinción entre potencia y acto” (14) que representa un punto radical de diferencia con el “eclecticismo” de otras filosofías.

También en lo que atañe al peso que adquiere la jerarquía¹³ en la doctrina nacionalista Santo Tomás viene a proveer un fundamento, como si el trabajo de Garrigou-Lagrange tuviera como misión -no es excesivo el término, ya que la revista se plantea un objetivo religioso de restitución del orden al momento previo a la Reforma luterana- la justificación de la perspectiva nacionalista desde la filosofía cristiana, volviendo irrefutables los dogmas políticos que sustentan la publicación. En el hombre, observa el sacerdote siguiendo a su guía intelectual, las facultades superiores manifiestan “la espiritualidad del alma racional” (p. 22); las otras facultades “se subordinan naturalmente en un solo *todo* a la voluntad iluminada por la inteligencia” (p. 22). Esa subordinación es “no accidental sino esencial” (p. 22). Tanto el vocabulario escogido como las bastardillas decididas por el autor de la nota anticipan lo que los sucesivos números no harán más que corroborar: la necesidad de restaurar un imperio

¹³ La jerarquía es un concepto compartido tanto por el nacionalismo argentino como por la forma totalitaria que es el fascismo y la autoritaria que es el falangismo a las que adhiere la publicación. La propia revista de la Falange se titula *Jerarquía*, y su anuncio se estampa en las páginas de los primeros números de *Sol y Luna*.

sobre la convicción de que la subordinación es natural y en ella radica la esencia de un régimen que se autoriza en la "verdad" de la religión.

La misma verdad convoca José María de Estrada, sin las teorizaciones de la filosofía, en su poema "Mundo", donde la Resurrección y la Pascua se proponen como fundamento de la existencia del orbe. El poema funciona como una suerte de bisagra entre el texto inicial del sacerdote y el que le sigue, "Gertrude von Lefort, Poeta de Roma", firmado por uno de los directores de la revista en este número, Mario Amadeo. La filosofía y la literatura son emparejadas en su función de restitución del orden. No solamente en el anuncio del título, sino también en la referencia inicial al filósofo católico Jacques Maritain, con el cual luego se polemizará, pero que todavía en el N° 1 es fuente fiable a través de su *Connaissance poétique* en que lamenta que la poesía no acceda a lo trascendental¹⁴.

Amadeo condena la poesía que, consciente de esa limitación, elige replegarse; en realidad, lo que resulta expulsado es el poema autorreferencial que habían instalado centralmente las vanguardias con su prédica antitradicionalista. Allí encuentra Amadeo a la vez un delirio técnico y un trastorno con respecto a cierta función preestablecida que atribuye a la poesía ("porque darle un cauce exclusivamente especulativo a la vida poética es trastornarla de su propio destino", p. 35), y en los cultores de esos "errores" identifica a los enemigos estéticos de *Sol y Luna*, ligados a "los grandes poetas que sufrieron esa suerte infeliz, Nietzsche o Rimbaud" (p. 36).

En este punto, Amadeo aboga por un poeta cuya creación emule la Creación Divina, lo que lo lleva a coincidir con la teoría poética del romanticismo, provocando un conflicto que no se explicita aún -y que nunca lo hará de modo combativo-: la defensa del romanticismo desde una perspectiva poética, a la vez que su rechazo desde la perspectiva política, en tanto producto legítimo de la Revolución Francesa que dio origen, en la visión pesimista de *Sol y Luna*, que coincide con la condena papal de la encíclica *Rerum Novarum*, a todos los

¹⁴ Esa referencia forma serie con los comentarios bibliográficos, uno de los cuales -firmado por el cura Sepich-- indaga el libro *Situation de la poesie*, que Maritain escribe con su esposa. Conviene detenerse en la elección del título, ya que es contemporáneo de los inicios del existencialismo francés, que se apropiará del término "situación" para definir el modo de "estar en el mundo" del ser humano. Todos los textos teóricos de Jean-Paul Sartre se subtitulan "situación", y sus dramas se condensan en "un teatro de situaciones".

males del siglo XIX que aquejaron también al XX y que comenzaron en la exaltación de la democracia liberal como forma de gobierno. Evitando caer en las contradicciones generadas por este conflicto, Amadeo rechaza las metáforas románticas sobre la creación para llegar a la poesía cristiana como zona de la literatura en la cual la metáfora decae y se impone la revelación. Son los preliminares de la presentación de Gertrude von Lefort como poeta a la vez de la Iglesia y de Roma: es decir, de Dios y del Imperio, cuyo canto es el de una ciudad utópica “que halla en la ciudad terrestre el símbolo visible y la expresión temporal” (p. 38).

La distinción entre la Roma espiritual que recibe las loas de Lefort y la Roma terrenal cuyo poeta fue Stendhal -detestado por “plebeyo”- promueve un recorrido a través de los “falsos poetas” que no es sino un breve listado de herejía y paganismo. Para conjurarlo -junto con su correlato político protagonizado por Garibaldi y Mazzini y exaltado por Alfieri- solicita la asistencia de René Schwob y de Veuillot, antes de ingresar en un terreno cenagoso para los nacionalistas: el de las determinaciones étnicas. Sobre ellas observa que “Gertrude von Lefort es alemana y hay en sus páginas el amor apasionado de los pueblos del norte para la tierra ardiente y la cultura milenaria del mediodía” (p. 41). Si eso ha servido para explicar las invasiones germanas al territorio latino, no menos se presta a explicar en la poeta el presunto arrepentimiento de los alemanes por dar cobijo al cisma en el siglo XV. Y también para remitir la poesía espiritual del siglo XX “a los viejos cronicones medioevales” (p. 42).

En los personajes de los dramas de Lefort, Amadeo encuentra símbolos. Es una tendencia de la revista, que hace de cada grabado una alegoría y de los versos finales de cada número una presencia de las figuras religiosas: porque precisamente esos cuatro versos de *mester de clerecía* pertenecen a los *Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo. En el poeta Enzio, Amadeo descubre “el atormentado espíritu moderno” (p. 47). Pero superior a estas asociaciones es la que entronca a Lefort con el otro poeta católico que la revista entroniza: Paul Claudel, en particular a través del prefacio que el francés les dedica a los *Himnos a la Iglesia*. Convencido de que la poeta habla por boca de Dios, Amadeo extrapola esta seguridad al orden nacional: “Vladimiro Solovieff ha dicho que el destino de las naciones no se forma por lo que las naciones piensan acerca de sí en el tiempo, sino por lo que Dios piensa acerca de ellas en la eternidad” (p. 52). Frente a eso, quedan relegadas las características de la poesía de Lefort que consigna Amadeo, no menos que el remanido agradecimiento a

quien "ha levantado el nivel de la poesía cristiana" (p. 54) para explicitar la justificación del artículo: el modo de combinar el nacionalismo con el catolicismo, desvelo y programa integrista de *Sol y Luna*.

Intelligentzia, vínculos y financiamiento

"Dos tradiciones intelectuales principales dominaron la derecha argentina: la contrarrevolución clerical de fines del siglo XIX y la 'nueva derecha' enraizada en el idealismo alemán y el darwinismo, que apareció en Francia después de 1870. Leonardo Castellani, un miembro principal del ala clerical del nacionalismo entre los '30 y los '60, enumeró a los siguientes escritores franceses y españoles decimonónicos como las principales fuentes de inspiración del movimiento: los contrarrevolucionarios franceses, liderados por de Maistre y el vizconde de Bonald, y españoles tales como Juan Donoso Cortés, Jaime Balmes y Marcelino Menéndez y Pelayo. Abundan las referencias a esos cinco escritores en toda la literatura nacionalista de importancia".

David Rock, "Antecedents of the Argentine right".

La estrecha relación de *Sol y Luna* con el oficialismo se hace evidente en los anuncios de la revista, fuente de financiación casi exclusiva al no ofrecerse en la publicación ningún dato sobre suscripciones, donaciones, cooperativas o algún sostén económico evidente¹⁵. Hay anuncios que se mantienen a lo

¹⁵ La única excepción la constituye el N° 1, que carece por completo de avisos, al tiempo que sobreabunda en imágenes en las cuales se define la adhesión de la revista al imperio o, mejor, a una monarquía derivada en imperio. Así lo evidencian los grabados inicial y final: el del sol, con un rey que cabalga sobre un pueblo en actividad (aunque las ocupaciones pueden resultar extrañas: a la agricultura y la música se le añaden la religión y la mendicidad); el de la luna, con una reina cabalgando sobre un pueblo de labradores. El poema "Mundo" de José M. de Estrada va acompañado por un esquema de la esfera terrestre rodeado por los vientos alegorizados. En el centro del número se instala el planisferio de Sebastián Caboto, del año 1544, flanqueado por un panegírico de Carlos V y una carabela. Este énfasis en el imperio necesariamente contradice otra de las iniciativas del nacionalismo argentino, aunque fuera del catolicismo de *Sol y Luna*: la de *La Nueva República*

largo de casi toda la colección: otros registran algunas variaciones, pero siguen en la línea oficial¹⁶; la menor proporción corresponde a los privados, y entre ellos -excluyendo los puramente religiosos como las ediciones de los Cursos de Cultura Católica o de *Glaudium*-, es fácil identificar a los simpatizantes nacionalistas como la librería y editorial Huemul, situada en Avenida Santa Fe y Riombamba, a pocas cuadras de su actual sede de Santa Fe y Uriburu. También se sitúan en esta franja algunas instituciones cuyos representantes, abogados o gerentes eran, si no directamente colaboradores de *Sol y Luna*, allegados o familiares: los cigarrillos 43, una casa de sombreros y una tienda de deportes -junto a la imprenta donde se hace la revista- son los elementos más independientes en un grupo que integra al Banco Español del Río de la Plata, Cerveza Palermo y la compañía de seguros La Anglo.

Del lado oficial sobresalen el Banco Nación, el Ministerio de Interior (que promociona los territorios nacionales, luego convertidos en provincias) y, más evidentemente asociada a los intereses de la revista -aunque con matices-, la compañía YPF, que difunde sus combustibles y lubricantes, pero que también adhiere a las celebraciones patrias. Es previsible, ya que YPF fue obra de un nacionalista, aunque a diferencia del grupo de *Sol y Luna*, el nacionalismo del ingeniero Enrique Mosconi admite la especificación de

(1928-1931) de Ernesto Palacio y los hermanos Irazusta, que apostaba a un régimen más corporativista cuyo modelo creyeron establecer durante el gobierno del general José Félix Uriburu (1930-1932).

¹⁶ En el primer número, que carece de cualquier publicidad, los vínculos oficiales se reponen a través del artículo de Leopoldo Marechal "El poeta y la República de Platón", transcripción del discurso pronunciado en el acto anual de entrega de premios de la Comisión Nacional de Cultura. Allí abunda en los temas habituales del nacionalismo, comenzando por la jerarquía, cuya distribución corresponde en la concepción platónica al político. En el otro extremo se sitúa el poeta, cuya "vocación" representa un llamado a la hermosura para reponer los "Nombres Divinos" allí donde el orden político amenaza con la proliferación de lo profano. El único punto en que el poeta queda desmerecido frente al político es en torno de la Verdad: donde la imaginación produce cosas no verdaderas, la política -"hermana menor de la Metafísica"-, debe erigirse en "aplicación del orden Celeste al orden Terrestre" (pp. 119-123). Es una primera justificación, por vía filosófica, del catolicismo militante de *Sol y Luna*.

"popular"¹⁷. En el N° 2 de la revista, YPF adhiere "al día de la Patria" incorporando en su aviso una poesía de Enrique Larreta¹⁸ y un dibujo de Alejandro Sirio.

Algunos números después se suman otras instituciones a los anunciantes, dominando las de carácter económico, como la Caja Nacional de Ahorro Postal y el Banco Hipotecario Nacional, a los que se agrega el Ministerio de Agricultura. A partir del N° 8 los avisos comienzan a mermar, hasta reducirse a dos en los números 9 y 10, lo que podría ofrecer una explicación sobre la suspensión de la revista. No obstante, otras dos hipótesis sobre este hecho compiten en un plano de igualdad con la económica: el golpe del GOU, que podría volver excedentaria la prédica de la revista, con los militares nacionalistas en el poder -antes del giro popular que tomará esa idea durante el decenio de dominio de Perón-; o bien la colección excesiva de enunciados y reverencias reaccionarios, que acaso motivaran discrepancias internas más severas que las que ocasionalmente se advierten entre algunos artículos. El número final se abre con un homenaje al historiador Carlos Pereyra a quien se

¹⁷ María Inés Barbero y Fernando Devoto, en su libro *Los nacionalistas* (Buenos Aires, CEAL, 1986), señalan que bajo la acción de Mosconi "YPF se convirtió en la primera gran empresa estatal argentina, rompiendo de esta forma los moldes de una tradición muy afirmada que dejaba la actividad económica en manos casi exclusivas de la empresa privada" (p. 127). Sin embargo, aclaran que para la época en que salía *Sol y Luna*, el ingeniero ya estaba aislado de la empresa: "Mosconi no perteneció a ningún partido político y, si bien él fue funcionario de alta jerarquía durante los gobiernos de Alvear e Yrigoyen, no estaba afiliado al radicalismo. Dentro del ejército, sin embargo, estaba sindicado como perteneciente al grupo yrigoyenista. Estuvo ligado al general Dellepiane, y en 1928 encabezó la lista que triunfó en las elecciones del Círculo Militar, derrotando a la que presidía el general Uriburu. Después de la revolución del '30, le fue aceptada su renuncia a la dirección de YPF y se lo marginó de todo cargo de responsabilidad, enviéndoselo primero a Europa y pasándolo a retiro en 1933" (p. 129)

¹⁸ Precisamente Larreta había ofrecido un modelo de "fabla de Castilla" en la novela (*La gloria de Don Ramiro*, 1908) en la que se propone reproducir la lengua española correspondiente al reinado de Felipe II, si bien el experimento lingüístico no postulaba una restauración sino la producción de un lenguaje literario apropiado para un relato situado en ese período histórico.

describe como “émulo de Maurras y de Bainville quien, con la lección de las cosas [y éste será un concepto cada vez más presente y con mayor énfasis en las páginas de la revista, con su arrastre de resonancias fascistas en la profesión de fe mussoliniana que se pronuncia por la primacía de los hechos y las cosas], nos revelara desde nuestro pasado la misma elevada ambición de un destino histórico que nos arrebatara en la inflamada oratoria de José Antonio Primo de Rivera” (pp. 8-9).

Esa referencia final al creador de la Falange se conjuga con la introducción de sus partidarios desde el N° 2 de *Sol y Luna*, a través del anuncio de *Jerarquía*, de Pamplona, que se reconoce como “la revista negra de la Falange”. Una serie oscurantista, que sostiene la adhesión a los rasgos más arcaizantes y represivos del medievalismo europeo con epicentro imaginario en España (y a veces real: es el caso de la Inquisición), se perfila desde esa presencia: revista negra / lista negra / camisa negra. Los aplausos iniciales a la Falange se irán especializando en las menciones auspiciosas y luego el apoyo a Mussolini, especialmente después del Concordato con el Vaticano por el cual el papa se compromete a respaldar al régimen italiano. En el N° 3 de 1939, mientras crece la ansiedad por el resultado de la Guerra Civil Española en la que “la barbarie roja” se enfrenta al “Caudillo de España por la gracia de Dios”, la publicación de la Falange cede su lugar a la revista *Imperio* de Roma, cuyo título, como el de la de Pamplona, es la exposición de un principio y la defensa de un programa¹⁹.

Rasgo extraño en *Sol y Luna*, vinculada con esas revistas e inserta en el nacionalismo argentino: su excesivo intelectualismo, su incapacidad -y acaso su falta de voluntad, más preocupada por lo doctrinario- para la movilización. Porque mientras el nacionalismo de 1919 a 1930 -el período de aparición y acción de la Liga Patriótica Argentina fundada por Manuel

¹⁹ En el N° 4 de *Sol y Luna* (1940), las huellas del acuerdo de Mussolini con el Papado (1929) se inscriben en el subtítulo de la revista romana. Allí se lee: *Imperio. Fe y obras*, repartiendo entre el Señor y el César los respectivos dominios.

Carlés²⁰, de la Legión de Mayo organizada por Juan E. Carulla²¹ y de la Liga Republicana creada por Roberto de Laferrère²², como así también de surgimiento

²⁰ Manuel Carlés nació en Rosario en 1875. Abogado egresado de la Universidad de Buenos Aires, fue profesor del Colegio Nacional metropolitano y de la Escuela Superior de Guerra, además de la Universidad. Entre 1898 y 1912 fue diputado nacional, y luego interventor nacional en Salta y San Juan. En la biografía que le dedica *¿Quién es quién?* (Buenos Aires, Kraft, 1939) consta que "intervino como pacificador en los movimientos obreros de Chubut y Santa Cruz", aunque es sabido que no hubo pacificación en tales casos, sino fusilamiento para aniquilar la rebelión. El rasgo sobresaliente de su actuación política fue la creación y dirección de la Liga Patriótica Argentina en 1919, al cabo de la Semana Trágica desencadenada en Buenos Aires en enero de ese año. Sus obras, exceptuando las puramente técnicas relativas a las materias que dictaba, tendieron por una parte a un protorevisionismo histórico (*La leyenda de Juan Lavalle, El general Guido, Estrada*) y por la otra a sentar los estatutos y los planes de acción de la Liga y del movimiento nacionalista en general (*Catecismo de la doctrina patria, Norma de patriotismo, Acción de cultura de las Escuelas de la Liga Patriótica Argentina, Las fuerzas morales de la nación, Las virtudes marciales, El heroísmo de la civilización, El misticismo en la civilización*). El mejor seguimiento de la actividad nacionalista de Carlés se encuentra en el libro de la investigadora norteamericana Sandra McGee Deutsch *Counter-revolution in Argentina. 1900-1932. The Argentine Patriotic League*. University of Nebraska Press, 1986.

²¹ Juan Emiliano Carulla era un médico entrerriano nacido en Villaguay en 1888, graduado en la Universidad de Buenos Aires, de la que fue docente entre 1925 y 1930. Dirigió el semanario *La Voz Nacional* (1924), codirigió *La Nueva República* (1927-1930), fue director de *Bandera Argentina* (1932-1940). Durante la primera guerra mundial prestó servicio en la Cruz Roja de Francia (1915-1917). En su provincia fundó la Asociación Entrerriana General Urquiza (1929-1930). Todas sus obras tienen carácter político, incluida su autobiografía *Al filo del medio siglo*. Es autor también de *Problema de la cultura* (1927), *Valor ético de la revolución de 1930* (1931), *Genio de la Argentina* (1943) y *Latinoamérica en picada* (1947). Cfr. S. McGee Deutsch, op. cit.

²² Roberto de Laferrère (nacido en 1900, en una familia emparentada con Rosas) era hijo del dramaturgo Gregorio, hermano de Alfonso, una de las guías intelectuales del nacionalismo de los años '20 e introductor de las ideas de Charles Maurras y Maurice Barrès en la Argentina. Roberto publicó varios ensayos históricos, adherido a la corriente revisionista, a cuyo Instituto "Juan Manuel de Rosas" contribuyó a fundar. Uno de esos trabajos contiene la refutación más fundamentada de la tesis liberal sobre la nefasta influencia de la figura de Rosas en la historia argentina. Cfr. Carlos Ibarguren (h), *Roberto de Laferrère: periodismo, política, historia*. Buenos Aires, Eudeba, 1970.

del periódico *La Nueva República* dirigido por Rodolfo Irazusta²³ y Ernesto Palacio²⁴ entre 1927-1929, interrumpiéndose para preparar el golpe de Estado contra Yrigoyen del general José Félix Uriburu y retomando su salida en 1930. Se caracterizó por la agitación callejera, la violencia contra ciertos objetivos

²³ Rodolfo Irazusta pertenecía a una familia radical de Entre Ríos, cuyo padre, Cándido, había militado en el radicalismo provincial alcanzando cargos de importancia. Si bien la actividad de Rodolfo es absolutamente relevante dentro del nacionalismo, constituyéndose en director de algunas publicaciones y en impulsor de varias iniciativas de agitación, su obra resulta incompleta sin el aporte de su hermano Julio, con quien redactó en 1934 *La Argentina y el imperialismo británico*, una tesis político-económica donde execraba la dependencia económica nacional con respecto al Reino Unido. Como codirector de *La Nueva República* estableció contactos con Uriburu que le permitieron ayudar en la preparación del golpe del '30. Todos los datos al respecto pueden consultarse en la autobiografía de Julio Irazusta *Memorias. Historia de un historiador a la fuerza*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975. Cfr. asimismo Barbero y Devoto, Op. cit.

²⁴ Ernesto Palacio había nacido en San Martín en 1900 y recaló en el nacionalismo después de iniciarse en la revista vanguardista *Martín Fierro* (posiblemente gracias a su primo Jorge Luis Borges), en la cual bajo el seudónimo de "el hijo de Héctor Castillo" denostaba a ciertas figuras de la intelectualidad porteña. Acaso allí haya comenzado su vinculación con Leopoldo Marechal, si bien la formación de éste era básicamente católica, más que política. Palacio fue el *alma mater* del Instituto "Juan Manuel de Rosas", baluarte del revisionismo histórico. Allí publicó una voluminosa *Historia de la Argentina* en la cual desbarata la tradición historiográfica liberal y reivindica episodios y figuras del siglo XIX local. Julio Irazusta, en sus *Memorias*, lo rodea de cierto halo prestigioso al situarlo en un contexto familiar que favoreció sus inclinaciones intelectuales, lo mismo que las gráficas de su hermano, el célebre dibujante Lino Palacio. Ernesto enseñó Historia Antigua, Historia Argentina, Geografía e Historia de la Edad Media, Moderna y Contemporánea en diversos colegios entre 1931 y 1955. Como funcionario aportó a los regímenes de Uriburu y Perón: al primero como ministro de Gobierno e Instrucción Pública de la intervención nacional en San Juan (1930-1931); al segundo como presidente de la Comisión Nacional de Cultura (1946-1947). Ingresó en el movimiento justicialista, actuando como diputado nacional en el período 1946-1952. Sus obras incluyen *La inspiración y la gracia* (1928), título que arrastra resonancias de la estética tomista, *Catilina* (1935), *El espíritu y la letra* (1936), *La historia falsificada* (1939), texto de iniciación en el revisionismo, *Teoría del Estado* (1940) e *Historia de la Argentina*.

liberales y la creación de espacios de contención de mujeres y trabajadores, *Sol y Luna* no promovió movilizaciones sino que se mantuvo en la quietud de una pretendida Torre de Marfil que alternaba la filosofía tomista con el combate ideológico contra la Ilustración y la Revolución Francesa y la devoción hacia los documentos papales, junto con la saturación de principios reaccionarios y el esfuerzo por justificar los regímenes autoritarios aun cuando sus páginas condenaban el totalitarismo en función del respeto a las jerarquías que inclinaban hacia una aristocracia nacional.

En el N° 5 de 1940 se promocionan otras revistas locales que comparten ciertos principios con *Sol y Luna*, aunque no enuncian el programa reaccionario de la restauración de un pasado luminoso sino que prefieren la utopía asentada en la novedad. Es el caso de *Nueva Política*, dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo²⁵, y entre cuyos redactores figuran, entre otros, Federico Ibarguren²⁶,

²⁵ Marcelo Sánchez Sorondo nació en Buenos Aires en 1912, hijo del político conservador Matías Guillermo Sánchez Sorondo (1880-1959). Egresado del Colegio del Salvador (jesuita), fue alumno de Historia de otra figura del nacionalismo, el padre Leonardo Castellani, y se inició en la ideología en torno de *La Nueva República*, donde integró el núcleo juvenil "El baluarte". Se graduó de abogado en la Universidad de Buenos Aires, donde intimó con el tucumano Máximo Etchecopar, colaborador de *Sol y Luna*. En 1932, junto con Mario Amadeo, se inscribió en los Cursos de Cultura Católica. Cfr. Enrique Zuleta Álvarez, "Historia de una revista nacionalista: *Nueva Política* (1940-1943)", en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson, *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999 (pp. 303-336). También, del mismo autor, *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires, La Bastilla, 1974 (2 vols.). También es provechosa la consulta de sus *Memorias*. Bs. As., Sudamericana, 2001.

²⁶ Miembro de una familia de la oligarquía salteña, hijo de Carlos Ibarguren y nieto de Federico Ibarguren y Margarita Uriburu --lo que lo emparentaba con el general José Félix Uriburu a cuya revolución contribuyó y en cuyo gobierno participó su padre como interventor de Córdoba.

Héctor A. Llambías²⁷, Héctor Sánchez Sorondo; al contrario de *El Restaurador*, que paradójicamente se presenta como "semanario de actualidad". En el orden del catolicismo nacional se inscribe *Ortodoxia*, la revista de los Cursos de Cultura Católica, mientras en la zona de la hispanofilia se difunde *Orientación española*, ofreciéndose como "una contribución a la Hispanidad".

Igualmente significativos son los anuncios de las editoriales, que no se reducen a los textos locales sino también a traducciones de autores cuyas lecturas eran prácticamente obligatorias para el grupo: Joseph de Maistre, Donoso Cortés, Balmes, Ramiro de Maeztu con su famosa *Defensa de la Hispanidad*, citada machaconamente por los nacionalistas en un espectro que abarca desde la proclama grupal de *Sol y Luna* hasta las preferencias individuales de Manuel Gálvez²⁸. Estos avisos se reiteran de un número a otro, a veces con algún agregado, pero generalmente sin cambios. El de la editorial Gladium, por ejemplo, ofrece entre otros *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola, *Introducción a León Bloy* de Pierre Termier, *Sobre la guerra* de Joseph de

²⁷ Héctor Augusto Llambías nació en Buenos Aires en 1907. Abogado, profesor de enseñanza secundaria y escritor, fue también docente de Ética en el Colegio Militar de la Nación y profesor de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Durante la Década Infame se desempeñó como interventor en la Facultad de Ciencias Económicas y Políticas en la Universidad Nacional del Litoral (Rosario) y en 1944 fue subsecretario de Instrucción Pública de la Nación, continuando su servicio oficial como secretario de Cultura, Moralidad y Policía de la municipalidad metropolitana (1943-1944). Procedente de los Cursos de Cultura Católica, se enroló en el Instituto de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas". Como abogado participó del directorio de la entonces compañía naviera y comercial Pérez Companc desde los años del peronismo clásico. Su obra nacionalista se puede consultar en los artículos de las revistas en las que colaboró, como asimismo en el volumen *La dialéctica comunista y el concepto de libertad* (1938).

²⁸ Con respecto a las lecturas compartidas por los nacionalistas argentinos, el recuento más preciso es el que cumple David Rock en sus dos producciones sobre el tema: el artículo específico "Antecedents of the Argentine Right", en S. Mc Gee Deutsch y Ronald H. Dolkart (edits.) *The Argentine Right. Its History, and Intellectual Origins, 1910 to the Present*. Willmington, Scholarly Resources, 1993; y el libro *La Argentina autoritaria (Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública)*. Buenos Aires, Ariel, 1993.

Maistre, *A los mártires españoles* de Paul Claudel y *Sotileza* de José María de Pereda, junto a textos de Llabrás y Meinvielle.

No obstante, serán las ediciones de *Sol y Luna* las más significativas, porque condensan lo que los miembros de la revista leen y lo que instan a leer sin mediaciones. El aviso se repite en varios números y ofrece numerosas indicaciones sobre el perfil de la publicación. En primer lugar aparece *Tres ensayos españoles* de Anzoátegui, que se ocupa de los "hombres representativos" exaltados por Carlyle y Emerson: éstos se desglosan en "Mendoza o el héroe", "Gongora o el poeta" y "Calixto o el amante", sin distinción entre actividades, ni siquiera entre personajes históricos y ficticios. Le sigue la exacerbación religiosa que impregna a la revista, y que ni siquiera se matiza en los artículos filosóficos en función de la opción por el tomismo; así se instala el *Himno al santísimo sacramento* de Paul Claudel en traducción del poeta Osvaldo Horacio Dondo. La siguiente intervención poética es la de Marechal con *Ascenso y descenso del alma por la belleza*, que trabaja con ciertas variantes de la estética tomista.

En prensa se anuncian otros libros: primero *Jefes*, de Henri Massis, que es uno de los vértices de la Trinidad de *Sol y Luna*, junto con Hillaire Belloc y Gilbert K. Chesterton²⁹, esa serie de autores europeos reaccionarios en cuyas obras se aplaca el llamado a la acción que habían emitido los doctrinarios franceses de la generación anterior, con la apoyatura de *Action*

²⁹ La sección bibliográfica del N° 4 -titulada, como espacio fijo, "Flor de leer", apelando a la antigua designación de los "florilegios" medievales- coloca juntos a Massis, Chesterton y Belloc: a la nota de Espezel sobre *Jefes* le sigue una reseña de la *Autobiografía* de Chesterton en cuyo inicio Cosme Beccar Varela estampa que "en el mundo de las letras inglesas, los católicos en apretado grupo alrededor de los dos grandes maestros: Chesterton y Belloc, casi no podían escribir una línea sin buscar apoyo en su autoridad" (p. 189). El único lamento pasa por el escaso lugar que ocupa en el libro su conversión al catolicismo, a diferencia de lo que ocurre en *Apología pro vita sua* del cardenal Newman. Conviene no perder de vista que el candoroso Padre Brown de Chesterton, abocado a la resolución de enigmas, es el modelo que prefigura los relatos policiales compuestos por Castellani, con el seudónimo de Jerónimo del Rey.

*Française*³⁰. El volumen se integra a partir de conversaciones del autor con Mussolini, Salazar y Franco, reuniendo también artículos como “La conquista hitleriana”, “La guerra religiosa del III Reich” y “Hitler en Roma”, todos ellos prologados por una de las figuras más destacadas de la revista, César E. Pico. Otras obras anunciadas son *La filosofía medieval* de Etienne Gilson (comentada y citada en el recorrido que traza de Scoto Erígena a Guillermo de Occam), con prólogo de Tomás D. Casares, y *El libro de Ruth* de Tardiff de Moidrey.

A Chesterton se le reserva un lugar de privilegio en el N° 1: primero, por incluirlo en el número inicial; luego, por encargar a Anzoátegui la nota “Chesterton novelista”; finalmente, por insertar una foto del escritor inglés al comienzo del artículo. Cierta amaneramiento ortodoxo arruina la ironía inicial del texto; en realidad, cualquier originalidad, sea retórica o ideológica, se desbarata frente a un absolutismo machacón como el que sostiene que “la inteligencia es una virtud que Dios entrega al hombre para que el hombre conozca a Dios y manifieste su grandeza ante los hombres” (p. 95). Es el inicio de una confusa sucesión de sofismas en la cual Anzoátegui discute los derechos de los católicos en cuestiones intelectuales. Una clasificación extravagante de enemigos, que distingue entre los tontos y los equivocados, sugiere la acción y la oración como armas para combatirlos, respectivamente. Cabe preguntarse qué estrategia usa *Sol y Luna*, o al menos el propio Anzoátegui, con respecto a esos oponentes ideológicos.

Pero en lugar de resolver esta cuestión, o de actuar consecuentemente con su desdén hacia la apologética, el articulista no hace más que caer en ese vicio otorgando a Chesterton un título ambiguo: el de “amigo de Dios que le daba muy poco trabajo: una especie de administrador de Dios, encargado de repartir la verdad entre los hombres” (p. 98). Era una de las tentaciones de la revista: la de convertir a los guías intelectuales en apóstoles divinos. Después de esa canonización, pierde vigor el hecho de que “Chesterton se resiste sistemáticamente a introducir en sus obras los modelos de santos a que nos

³⁰ Necesariamente los de *Sol y Luna* tienen que optar por los matices frente a esos líderes del pensamiento político, cuya lectura en la Argentina tiene como *factotum* a Alfonso de Laferrère. Como Maurras es excomulgado por el papa a raíz del radicalismo de sus principios, *Sol y Luna* no puede plegarse a él como lo habían hecho los nacionalistas de *La Nueva República* en los años '20. Cfr. “La condena de Maurras”, en *Literatura y política* de A. de Laferrère (Buenos Aires, Gleizer, 1928).

tienen acostumbrados los novelistas católicos y las imágenes de yeso pintado" (p. 100). Y resulta casi un lamento de creyente que teme por su amigo réprobo la circunstancia de que "desde la desolación espiritual de Inglaterra, Chesterton vuelve los ojos hacia Roma [...] la profundidad de Roma que duerme su sueño de siglos en la obscuridad del subsuelo de Inglaterra" (pp. 100-101). Vinculado con la confianza de José María de Estrada, que en el poema "Los pobres" cree que la caridad cristiana es más eficaz que la revolución para acabar con el flagelo, Anzoátegui destaca la caridad de Chesterton: "la caridad que le obliga a escandalizar a los seminaristas con un chiste sobre el Papa y a escandalizar a los liberales con un elogio de la Inquisición" (p. 101). Escándalos que, como se advierte, no atraviesan el límite elemental de la mayúscula.

La relativa continuidad de la editorial se verifica algunos números más tarde, cuando los textos en prensa se anuncian como novedades recientes, e incluso algunos no anticipados se difunden entonces, como los *Sonetos a Sophia* de Marechal, que en la alegoría del nombre condensa un extremo del espiritualismo tan convocado por la revista. Pero a partir del N° 8, acaso sintomáticamente, desaparecen los avisos editoriales, y en el N° 9 ya no se registran ni siquiera los de las revistas afines a *Sol y Luna* que previamente -sin proliferar- se mantenían. Para tratar de buscar una explicación a esa ausencia, es imprescindible reponer el panorama que configuran los artículos que incluye cada número y los cambios que se producen en la sucesión, así como también las permanencias y los diversos énfasis que éstas adquieren para no caer en la mera repetición de una manifestación tan acendrada de la vertiente hispanófila, antiliberal, restauradora, revisionista, católica y fascinada con los grandes imperios disciplinarios como la de *Sol y Luna*.

El culto de las esencias: irracionalismo, hidalguía, jerarquía

"También arraigaron en mi espíritu desde mi adolescencia, estas otras ideas esenciales: la tolerancia, el antiliberalismo y la necesidad del orden, no sólo del orden policial sino del orden jerárquico. He deseado, y deseo, que se establezca la justicia social, pero sin violencias excesivas o innecesarias y conservándose la religión y el orden tradicional [...] Creo imposible e innecesaria la supresión de las clases. Siempre habrá clases porque los hombres no somos todos iguales. Lo importante es suprimir la explotación del hombre por el hombre. Esto trae la disminución de las diferencias entre las clases".

Manuel Gálvez, *En el mundo de los seres ficticios*.

El N° 2, en el que se pueden verificar inmediatamente los postulados inaugurales, sintetiza varios de los intereses de la publicación. Desde ya, el dominante, expuesto aquí en el texto de Gino Arias -filósofo italiano defensor del fascismo- "La restauración aristotélico-tomista de la ciencia económica". Es un pronunciamiento que, si bien no proviene de los miembros de la revista, condensa la función de promover la restauración con todas sus connotaciones, tanto las que derivarán hacia el revisionismo como las que arrastra la historia monárquica, especialmente en la Francia orleanista del período posnapoleónico, sin soslayar las que en el marco del Centenario resumió Ricardo Rojas en el título y el programa de reforma educativa de *La restauración nacionalista*³¹.

Es una ocasión múltiple la que provee el artículo de Arias: por un lado, la restauradora; por otro, la de establecer un diálogo de "pares" con el padre Garrigou-Lagrange que en el N° 1 había expuesto la relación entre el tomismo y la filosofía contemporánea; en tercer lugar, la de la afirmación de principios contra las confusiones que promueven los enemigos, donde se advierte la

³¹ Cfr. Carlos Payá y Eduardo Cárdenas, *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*. Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1978.

voluntad de traducción laica del *Syllabus* papal³²: allí se inscribe la convocatoria a “nuevas expansiones de los principios aristotélico-tomistas en el terreno de las ciencias morales, algunas de las cuales no saben librarse, ni siquiera hoy, de la perniciosa influencia del materialismo, del positivismo y del pseudo ‘idealismo’, derivados de las corrientes filosóficas del siglo pasado” (pp. 9-10)³³. La adjetivación supernumeraria y compleja que contribuye al propósito de desacreditar no se preocupa, en cambio, por aclarar los conceptos en pugna, en una deliberada supresión de la argumentación que va aumentando su vehemencia a medida que asciende la numeración de la revista. Porque quienes se saben propietarios de “la Verdad” -garantizada por Dios- deben prescindir de la persuasión.

La relación entre economía y política que desarrolla el texto evita la conjunción previsible en la “economía política”, que es terreno de los enemigos liberales, y cuya crítica más convincente no es obra del nacionalismo sino del promotor del internacionalismo proletario Karl Marx. Demasiados oponentes como para considerarlos en unas páginas; demasiado esfuerzo teórico que haría naufragar el enunciado del axioma que se transferirá directamente al credo de

³² “Todas las iglesias oficiales eran *ipso facto* conservadoras, aunque sólo la mayor de ellas, la católica romana, formuló su postura de abierta hostilidad a la corriente liberal. En 1864 el papa Pío IX definió sus puntos de vista en el *Syllabus errorum*. En él se condenan, implacablemente, ochenta errores, entre los que se encuentran el ‘naturalismo’ (que niega la acción de Dios sobre los hombres y el mundo), el ‘racionalismo’ (el uso de la razón sin referencia a Dios), el ‘racionalismo moderado’ (la negativa a la supervisión eclesiástica por parte de la ciencia y la filosofía), el ‘indiferentismo’ (la libre elección de cualquier religión o de ninguna), la educación secular, la separación de la Iglesia y el estado y en general (error número 80) el parecer de que ‘el Pontífice romano puede y debe reconciliarse y llegar a un acuerdo con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna’. Inevitablemente, la línea de división entre la derecha y la izquierda se convirtió en gran parte en la que existía entre lo clerical y lo anticlerical”. Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*. Barcelona, Crítica (Biblioteca E.J. Hobsbawm de Historia Contemporánea), 1998 (pp. 116-117).

³³ Estos excesos retóricos participan del “extremismo” que Hobsbawm reconoce tanto en el *Syllabus* como en el Concilio Vaticano, entendiendo que se trata de una señal de “que se encontraban completamente a la defensiva” (Íbid., p. 258).

la revista: *“Las leyes económicas, en el verdadero y más alto sentido de la palabra, no pueden ser, y efectivamente no son sino leyes morales”* (p. 15). Toda ley es ley moral, y en ella arraiga la jerarquía, única garantía del Bien. Y prosigue: *“Lo realmente útil, lo útil humano, y por lo tanto también económico, no es distinto de lo honesto, de lo bueno”* (p. 22).

Las consignas antiliberales se perfeccionan en “Absurdos del especialismo”, un trabajo de César E. Pico que propone una proporcionalidad según la cual la relación entre nacionalismo y comunidad es equiparable a la que existe entre subjetivismo e individuo. El nacionalismo se apoya en la objetividad y reclama una justificación “objetiva” de las jerarquías, que no escapa al trascendentalismo (“donde falta la objetividad perece toda jerarquía real”, p. 32). El énfasis en la gradación humana es una tentativa ineficaz de suprimir la lucha de clases¹⁴; Pico señala alarmado que “cada día se confunden más las funciones respectivas del pensador y del obrero, los inconfundibles oficios del inventor y del simple ayudante. Y cuando todo el mérito se adjudica al trabajo material, no es extraño que la mayoría deserte de la faena común: los mejores asfixiados y los otros extenuados” (p. 35). En el afán de simplificación, a la lucha de clases se añade la producción de mercancías no sólo como objeto de descrédito sino como aquello que debe ser negado por la pura espiritualidad cuya “abrumadora verdad” se atribuye a José Ortega y Gasset.

Está claro que los “Absurdos del especialismo” constituyen apenas un capítulo de la ofensiva permanente que mantiene la publicación contra la Ilustración y su consecuencia inmediata, la Revolución Francesa, identificada como el origen de todos los “males” que obstaculizan el triunfo del “bien” nacionalista: en el orden político, produce la democracia liberal; en el orden religioso, el ateísmo; en el orden filosófico, la especialización (la taxonomía de ciencias, artes y técnicas congregada por la Enciclopedia); en el orden científico, el progreso, que tras el enunciado de teorías revolucionarias persiste en una flexión de futuro que de ningún modo puede contribuir a la restauración.

Pero la descalificación de teorías se remonta más allá de la Ilustración, hasta Descartes y Leibniz, a quienes se contraponen con el filósofo cristiano Jacques Maritain, salteando momentáneamente las disidencias que provocó la

¹⁴ Sin embargo, el tratamiento más sorprendente del tema de la lucha de clases no es éste, sino el que reserva José María de Estrada para el poema “Los pobres” (Nº 6), donde presume que la caridad cristiana proveería una solución al conflicto.

posición republicana del francés frente a la Guerra Civil Española³⁵. Existen varias contradicciones: al tiempo que condena la discrepancia, Pico se pronuncia contra la hegemonía que produce la democracia, cuyo modelo más acabado encuentra en Estados Unidos; asimismo, a la vez que repudia a Jean-Jacques Rousseau -casi un síntoma de estilo en *Sol y Luna*, pues no hay número que prescindiera del desdén hacia el ginebrino-, reivindica al romanticismo (y al simbolismo) como momentos de culto del genio (pp. 40-41); y finalmente, mientras aboga por una ciencia no positivista ni racional, entiende que ésta es el opuesto del arte al sugerirle al "perspicaz Ortega" un "tema seductor para otro libro: la deshumanización de la ciencia" (p. 46).

Ya se perfilan otros tópicos que transitará Pico; por ejemplo, el que motiva su artículo del N° 7 continuado en el N° 8 "Consideraciones sobre la moderna filosofía vitalista", texto en el cual el término "moderno" se ratifica como mala palabra y baldón que aplica la revista a los partidarios del progreso, sin demasiado prurito histórico. Acaso en este volumen el texto tenga más resonancia, ya que el N° 8 se abre con un manifiesto antiliberal en que se acusa a la tendencia de haber producido el mayor desastre decimonónico con la entronización del "mal" mientras el espíritu lo combatía: ese espíritu en ocasiones encarnaba en figuras que convocan la reivindicación, como José Manuel Estrada, evocado fantasmagóricamente por su nieto Santiago.

La filosofía vitalista que se empeña en demoler Pico es la contrapartida de la filosofía tomista: es la "especulación contemporánea" (p. 98) frente al trascendentalismo medieval, es el dominio de la crítica allí donde "el tomismo busca una justificación refleja del conocimiento, pero elude sabiamente una pretendida justificación crítica" (p. 130). La nota que debía finalizar en el N° 9 queda inconclusa ("Continuará", anuncia su última frase) y es reemplazada por "Hacia la hispanidad", texto dedicado a Ortega y Gasset, sin que se provea ninguna justificación de la adhesión pareja a Santo Tomás y al español. Los cuestionamientos a sus afirmaciones pueden multiplicarse; por ejemplo, cuando advierte que "por las sendas del esencialismo se llegó, pues, al racionalismo moderno" (p. 126), como si la reivindicación del "espíritu nacional" no fuera un ejercicio esencialista, precisamente. Sin atenuación sobrevienen las tesis más reaccionarias:

³⁵ Véanse en el párrafo siguiente la "Carta a Jacques Maritain" de Pico y la condena que le dirige Meinvielle desde las páginas de *Criterio* en 1937.

“Somos europeos en América porque fueron europeas las naciones que conquistaron y colonizaron estas tierras del nuevo mundo. Quede para el indigenismo libertario de algunos mestizos la imbécil jactancia de una cultura aborígen. La civilización europea dominó al indígena porque era sencillamente la civilización universal. Somos, repito, europeos en América [...] La hispanidad aparece, así, como la sociedad supranacional en que conviven los individuos de Hispano-América. Es como una prolongación de España que nos permite participar de Europa a través de España [...] Lo que es Europa para las naciones europeas es la hispanidad para los hispano-americanos [...] Para los españoles, en cambio, el trasfondo social es Europa; la América es solamente una proyección de su nacionalidad [...] nosotros, sin la convivencia hispánica, nos reduciríamos a ser europeos sin Europa” (pp. 136-137).

En las notas Pico incluye varias citas de *Au delà du nationalisme* de Thierry Meaulnier (autor que será comentado en la sección bibliográfica de la revista), antes de rematar con la imagen del apostolado nacionalista como fuerza de choque para desbaratar la convicción marxista en el internacionalismo proletario: “En definitiva, toda política de misión es una política religiosa [...] ningún bien terreno, tanto en el orden material como en el de la cultura, legitimaría una política universal” (pp. 144-145). Esa inflexión de la religiosidad es un principio de explicación para ciertas inclusiones en *Sol y Luna*, como la del comentario marechaliano a San Juan de la Cruz (Nº 2), entendiendo a la mística como equivalente religioso de la irracionalidad emocional que reclama y fomenta el nacionalismo.

La adhesión a las “esencias”, que aparece como inflexión del trascendentalismo, registra varias manifestaciones: una se sintetiza en “El hombre español” de Juan J. López Ibor (Nº 3), donde establece la distinción entre caracteres en función de la disposición espacial (“Hay una postura vertical del hombre y una postura horizontal. Existen hombres de esencias y hombres de contingencias”, p. 19) y descalifica todo lo que no se corresponda con la dimensión vertical que atribuye a los peninsulares, incluyendo esa doctrina enunciada en España y a la que adhirió Hipólito Yrigoyen: “tampoco pudo lograr carta de naturaleza entre auténticos españoles el krausismo, por ejemplo, que todo lo resolvía en un polígono ordenado de armonías, y ni siquiera pudo ser bien expresado en esta lengua española, de recias aristas e indomables contornos” (p. 21). Esta postura remata en una defensa sin ambages del esencialismo, con un afán explicativo que asienta en la afirmación su pretensión convincente: “Español: hombre vertical. Hombre de esencias. Posición erecta,

dura y difícil ante la vida, raíz de sus heroísmos y base de sus desgracias. Toda la historia de España es así, angulosa, agreste, como hecha de tirones bruscos de glorias y decadencias" (pp. 21-22).

Por supuesto, el esencialismo impone sus jerarquías, y la despolitización desde la cual insiste no hace más que recaer en formas presuntamente trascendentales mucho más virulentas: la conquista de América se revela como "blanquear un continente" (p. 25), sin dejar de subrayar el carácter misional de la empresa en el que insiste *Sol y Luna*, destacando las inquietudes espirituales y contraviniendo, lógicamente, los dictados nazis de cultura corporal. Hay en ese fragmento ("El español siempre ha prestado poco culto al cuerpo [...] El deporte no ha adquirido entre nosotros ese carácter de cultivo del cuerpo como continente de un mundo visceral y entrañable, por lo menos, lo ha tenido con mucha menor intensidad que en otras partes. Y nuestras mujeres han tenido menos apetencias de desnudez que las de afuera", p. 28) una evidente voluntad de entroncar a Franco con las tradiciones españolas, despegándolo eventualmente de sus aliados contemporáneos -y superiores política y militarmente, rasgos que aconsejan no abusar de la comparación- del Eje.

El fomento de las esencias prosigue, sin reducirse exclusivamente a los artículos, sino impregnando también la revista desde los anuncios. Así ocurre con "El judío" de Meinvielle (cuyo tema acerca al sacerdote a la novelística de Hugo Wast, a la vez que se aproxima al proyecto nunca cumplido de Gálvez de hacer una novela con los judíos como protagonistas³⁶) y con la también repetida publicidad de los "tipos" españoles de Anzoátegui, retomando la forma expositiva en "La tradición hispanoamericana en nuestra emancipación política" (Nº 3) de Federico Ibarguren, donde las acusaciones por la independencia de las colonias recaen primero sobre los Borbones y luego sobre los jesuitas, que dieron paso al "*criollismo*, sustancia bárbara evangelizada en dos siglos gloriosos" (p. 106). El de Ibarguren es un ejercicio de revisionismo histórico que en vez de recortarse sobre lo propiamente argentino se extiende a toda América, extremando los lugares comunes del antiliberalismo. Lo que, no obstante, lo protege del revisionismo *ad libitum* que practica Alberto Espezel Berro, especialmente en el comentario bibliográfico a una obra sobre El Greco (Nº 4), donde reseña que "durante largos años la gran España fue enigma

³⁶ Cfr. *En el mundo de los seres ficticios* (Recuerdos de la vida literaria II). Buenos Aires, Hachette, 1962.

incomprensible aún para sus mismos hijos; se calificó de tiranía su celo apostólico, de explotación sistematizada su fecunda colonización, y en todo caso, de ineptitud radical para la civilización y el progreso todas y cada una de sus actitudes" (p. 182).

En el N° 4 es José María Pemán ("Pasemos a la escucha") el que incurre en la exaltación de su país a través de una especificación semántica en la que prescinde de equivalentes internacionales para los hechos producidos por la "sustancia de la hispanidad": a falta de un vocabulario apropiado para "la originalidad" hispánica, el léxico internacional no ha provisto sino inexactitudes: "Hemos hablado de 'colonias' donde sólo hubo provincias de ese 'todo' que es la Hispanidad; hemos hablado de 'política internacional' cuando España nunca la conoció, metiendo en esa denominación los movimientos de cruzada y misión con los que España intentaba la realización de su Derecho de Gentes; hemos hablado de 'independencia de América' para significar aquella guerra civil, gemela de la guerra carlista o los movimientos regionalistas y separatistas de España" (p. 84)³⁷.

Pero si el esencialismo español es dominante, también hay un espacio para el esencialismo local cuya figura hegemónica es la de Rosas. A Marcelo Sánchez Sorondo corresponden las precisiones al respecto, al comentar en el N° 4 de *Sol y Luna* el libro de Ricardo Zorraquín Becú *El federalismo argentino*. En ese texto, después de adoctrinar con las diferencias entre liberalismo y federalismo, y tras defender a los caudillos como "una expresión auténtica pero no única, ni la más pura, del federalismo social" (p. 202), procede a la exaltación del gobernante, que encarna "la hora de la verdad" (p. 205) en la historia argentina: "Precisamente por porteño, Rosas no fue sólo un caudillo en el sentido medio folklórico de la palabra. Rosas encarnó vitalmente el federalismo social, en su más profunda condición telúrica y atracción de arraigo [...] Rosas fue genial según la etimología feliz de la palabra *Genus*" (p. 205). La etimología como fundamento de autoridad garantiza la "verdad" del nacionalismo, cuyos oponentes están en el error o, en el peor de los casos, militan en las filas de la "mala fe", como expondrá el texto de apertura del N° 5.

³⁷ En realidad, esos "movimientos separatistas" promovían un nacionalismo que fue aplastado y reprimido por el franquismo y que recrudeció con la muerte del caudillo. Cfr. Monserrat Guibernau, *Los nacionalismos*. Barcelona, Ariel Ciencia Política, 1998, en especial en lo que atañe a la nación catalana como ejemplo de nación sin estado.

Pero donde el esencialismo encuentra su mejor desarrollo es en torno del concepto de "mito", que en *Sol y Luna* se opone al de leyenda, como construcción ideológica y fascinación folklórica respectivamente, conjugando toda la negatividad en el primer término. No es desmedido especular que en esta distinción -de "formas literarias", si se quiere, o al menos discursivas- reside un principio de oposición con el nazismo, evitando las precisiones técnicas en que se esfuerzan los artículos políticos, al tiempo que exponiendo la distancia irreconciliable entre una germanidad extraña y una latinidad más familiar en tanto arrastra los fundamentos del Imperio y los "hechos" y dictados de la Iglesia que comparte la sede imperial: Roma.

El primer desarrollo sobre el mito en oposición a la leyenda lo provee Hilaire Belloc en el N° 2 ("Acerca de la leyenda", traducción de Cosme Beccar Varela), interrogando las narraciones fundamentales y fundamentalistas del nacionalismo. Un grabado que representa a un caballero medieval junto a un dragón lanceado y a una reina rezando introduce al tema. El mito es condenado como "una falsedad que pretende aparecer como verdad histórica", mientras la leyenda "es una historia que se cuenta acerca de alguna persona real, de alguna virtud verdadera o de alguna verdadera experiencia espiritual, de tal calidad que ilumina y satisface al oyente, al par que amplifica y da nueva sustancia al asunto al que se refiere" (p. 141).

La prevención que merece el vínculo entre ambas formas responde al riesgo que corre la leyenda de convertirse en mito; una analogía de este proceso es "la degradación de las imágenes por su uso falso" (p. 143). La hipérbole de la que se vale como sustituto de la definición complica la voluntad de Belloc de establecer distinciones de teoría literaria, las que comienzan resintiéndose por la permanente apelación a "la verdad de los hechos" contenida en esas formas. El catálogo tentativo de mitos degenera en un recuento desarticulado de "males" europeos que no discriminan entre el judaísmo, el superhombre y el culto desmedido a este fenómeno en el nazismo:

"Tomemos por ejemplo el Mito del Pueblo, el Mito de la Teoría y el Mito del Acontecimiento [...] En primer lugar se formula una afirmación sobre una persona, un acontecimiento o una teoría; acerca, por ejemplo, de la inocencia o culpabilidad de una persona acusada, digamos Dreyfus o el pretendiente Tischborne, o acerca de la realidad o falsedad de un acontecimiento particular, como la frase atribuida a Galileo [...] o una afirmación de cómo tal o cual teoría soluciona un problema particular, como la teoría de que una raza gloriosa (pero imaginaria), como la raza nórdica, compuesta de gentes desiguales como nosotros, soluciona el problema de cómo se hacen las cosas" (pp. 149-150)

No obstante, la mayor depreciación del mito no radica en la confrontación con ejemplos históricos o contemporáneos, sino en la confrontación con la religión; en consonancia con su indagación plasmada en *Europa y la fe*, Belloc califica al principio de la "selección natural" de "mito monstruoso" que no podría haber prosperado sino en la secta de "los Sin-Dios" que forman los positivistas. La previsible apelación a un "resentimiento" de quienes se resisten a la verdad aquí se patologiza en "fobia" que esgrime ese principio "como una solución para deshacerse de la necesidad de un Creador" (p. 153). De más está decir que en este punto Belloc confunde el *principio* de la selección natural con la *teoría* darwinista de "evolución de las especies".

La iniciación de Belloc en el tema es proseguida por el sacerdote Sepich, quien indaga los límites del mito en "El problema fundamental de la cultura", donde lo sitúa -ya fuera de la pretendida dimensión científica en la que se embarcaba Belloc- como falseamiento del concepto de héroe. Los héroes son "los ideados", es decir, la esencia de un carácter comunitario o, en otros términos, "tipos reales formados según el ideal cultural de un pueblo. Un pueblo se reconoce a sí mismo en sus héroes" (p. 93). Y agrega:

"La falsificación del héroe hace que el *mito*, elemento integrante de la cultura, deba ser mirado a la luz de la inteligencia antes que seguido en las alas del *eros* o amor tendencial.

"En nuestro lenguaje, la *leyenda* es la evocación del mito cultural creado como una *reidealización* de ciertos modelos históricos que, por ser más próximos a nosotros, necesitan tener una silueta más perfecta a fin de no extraviarnos por causa de su eficacia" (p. 94)

A la esencialización de la cultura se agrega, en el mismo N° 5, la politización de las formas literarias que emprende Carlos Marfany al detenerse en "Tres miradas a la historia (Bloy – Hello – Péguy)". Por un lado está el simbolismo en Bloy, y consecuentemente la demanda de una hermenéusis en la cual encuentre sentido la historia universal. En el caso de Péguy, la discusión sobre el carácter artístico o científico de la historia resulta zanjada por una instancia unificadora: la "restitución de la memoria", que abunda en el propósito restaurador que sostiene *Sol y Luna*. Pero es con Hello que se plantea el problema de las formas y que se presenta la parábola -de procedencia bíblica- como la forma más ajustada a la enunciación de la verdad:

“Si el hecho histórico tiene un valor de signo, podríamos preguntarnos con todo derecho: ¿a qué forma de relato o narración corresponde ese carácter simbólico de los acontecimientos históricos? Porque la justeza de la expresión debe respetar también la ley de las correspondencias [...] analiza las diversas formas que adopta [el relato] y sus relaciones mutuas: la historia, la leyenda, el cuento, la novela. Pero, entre todas estas formas, hay una, próxima a la leyenda, aunque más esencial, que parece darnos el modelo perfecto de la expresión de un hecho con toda su significación: es la parábola [...] En la Edad Media [...] se narraban los hechos y se expresaba su sentido en la doble forma de la crónica y la leyenda, que se complementaban en la unidad superior de un verdadero conocimiento” (p. 115).

La nota de Sepich comentando la selección de aforismos de Teodoro Haecker insiste en este punto, apelando al aforismo como forma discursiva congruente con la verdad de la que el grupo se siente portador: el aforismo se manifiesta como “el género más filosófico del arte literario, el género ‘de la precisión’, el ‘destacado’, el preferido” (p. 194). Pero la preferencia por la leyenda no sólo se complementa con estas formas breves que convienen al dogma, sino también con una forma compleja como la alegoría, que además de recorrer la serie de grabados de la revista es el trasfondo desde el cual se insiste en la falta de gracia del mito (la alegoría, respondiendo a la definición tomista de la gracia, se manifiesta como “emanación del espíritu”), carencia desde la cual se lo degrada en las páginas iniciales del N° 9: “El mito de América comenzó a prosperar cuando la realidad de América empezó a decaer. Mito feo y vulgar, mito sin poesía, mito que no posee ni siquiera la gracia artificial del siglo que le vio nacer”³⁸.

³⁸ Es imposible dejar de advertir en este punto la coincidencia de los nacionalistas con el pensamiento liberal de Martínez Estrada, que expande estas intuiciones -elevadas a convicciones en el fragor de la redacción- en su primer libro de diagnóstico de patologías argentinas: *Radiografía de la pampa* (1933). Es posible que, incluso habiéndolo notado en su momento, este acuerdo no haya inquietado a los nacionalistas, ya que no eran ellos los que se comportaban como liberales en la desacreditación del mito americano, sino Martínez Estrada el que se plegaba al irracionalismo presuntamente irrefutable enarbolado por los nacionalistas.

Hacia la Falange

“¿Cuáles son hoy los objetivos de Falange Española [...]?
Helos aquí: Ha llegado el tiempo de que juntos pensemos
en trazar las bases de nuestra democracia social de
estructura sindical [...]

“España ya está homologada a Europa. Está homologada
no sólo en su nueva concepción política; está homologada
también en su desorden, en el derrumbamiento de su moral
de combate frente a la invasión comunista; en su abdicación
de los valores esenciales de su cultura. Está homologada
en la violencia callejera, en la proliferación del atraco y
el secuestro [...] Pronto veréis cómo España se homologa
también a Europa en el aborto y el incesto, para que ningún
mequetrefe de más allá del Pirineo nos pueda tipificar
de oscurantistas y retrógrados”.

José Antonio Girón, *El neofranquismo falangista*
(Discurso en Santander. 1977).

La preferencia por la leyenda en contra del mito es un punto que se reitera; claramente político es su planteo en “La recuperación de las cosas” de José María de Estrada (Nº 7), ya desde la entronización de las “cosas” en el título mismo, remitiendo al peso que esta presencia adquiere en la teoría fascista. Luego de dictaminar que los mitos son “absurdos paraísos” creados por el hombre, y de ningún modo la expresión de una tradición, incurre en la previsible desacreditación de la Revolución Francesa, sosteniendo que el racionalismo no acarrea sino gérmenes de disolución de las empecinadamente naturalizadas “jerarquías humanas”. Y correlativamente a “las cosas”, reivindica “los hechos” que “demuestran que esa libertad creada por los hombres es una falacia” (p. 68).

Esos mismos hechos dan pie a la defensa del fascismo, ya que si esta tendencia sostiene equívocos filosóficos “no son los filósofos del fascismo lo que nos interesa, sino los hechos del fascismo, que sin duda alguna constituyen su elemento esencial” (p. 74). Los hechos son no sólo la demostración de una convicción sino también la evidencia de la existencia de las dos figuras claves en el esencialismo de la revista: el mártir y el héroe. En el Nº 8 se dedica a interrogar esa equivalencia el filósofo cristiano Nimio de Anquín (“Sobre la fortaleza y la muerte”):

“El nuevo orden del Evangelio se basa en la Cruz empapada en la sangre de Cristo. Era necesaria la sangre divina para la redención del mundo, y en lo sucesivo, todos los restauradores guardan analogía con el sacrificio del Gólgota [...] Mientras mayor es esta analogía más gloriosa es la muerte y sus efectos saludables más profundos y universales. El cristiano tiene por ideal de muerte, la Cruz” (p. 87)

Resulta lógico, en la dudosa lógica de este razonamiento, que a la comunión de los santos suceda una “comunión de los héroes” imaginada como “una especie de sub-cielo entre los hombres y el cielo de los ángeles: *es el sub-cielo de los númenes*. La historia de las naciones depende en gran parte de estos númenes, cuyo sacrificio es de efectos perennes. Están ‘de guardia sobre los luceros’, dice bellamente el himno de la Falange” (p. 88). De la pretenciosa teorización sobre la “jerarquía” -distribuida según la aproximación a “la verdad”- de las formas discursivas, se ha pasado, a través de los números de la revista y merced a la radicalización del pensamiento de sus colaboradores -influida, sin duda, por el fin de la Guerra Civil Española y las expectativas de dominio totalitario en las alternativas de la segunda guerra mundial-, a la estética belicista que se anuncia en la belleza de la divisa que guía a los partidarios del general Primo de Rivera.

Y un deslizamiento previsible: porque no era de orden única ni principalmente estético la fascinación de *Sol y Luna* con la Falange, sino que advertían en su disposición un modelo organizativo que, no obstante, se empeñan en remontar a fines del siglo XIX argentino. Así, en la selección de la correspondencia de José Manuel Estrada incluida en el N° 8, se lee el lamento del antiguo diputado por la ausencia de un proyecto tras la anarquía del año 20:

“Después de 1820 el liberalismo se entronizó en el Río de la Plata con el partido unitario, que era un núcleo de doctrinarios amamantados en la literatura revolucionaria de Europa. Los católicos pudieron y debieron resistir formando una falange independiente que hubiera contado con todas las fuerzas conservadoras de la sociedad. En vez de hacerlo, se dividieron bajo el común concepto de que era imposible la acción, a menos de que [sic] se ligaran con las facciones en lucha” (pp. 149-150)

Lo más extraño de esta militancia esencialista es que uno de sus fervientes promotores como Pico termina confundiéndola con el racionalismo, perdiendo de vista -acaso momentáneamente, acaso por la desmedida afición

a las lecturas orteguianas- que la reivindicación de un “espíritu nacional” es más esencialista que la apelación a cualquier razón, aunque más no sea porque ésta está del lado del laicismo y no del dogma. La confusión se vuelve más violenta por la intervención del “irracionalismo” en el asunto, que si bien es reivindicado como asiento de las costumbres, resulta difícil de adaptar a “los hechos”.

La misma confusión aqueja a Alfonso Valdecasas en “El hidalgo español” (Nº 10), donde la pretensión de definir una esencia se desbarata en el parangón con tipos ciertamente diferentes, en ocasiones opuestos y en su mayoría productos de la burguesía. Si bien trata de distinguir posteriormente al hidalgo del *gentleman* (“en el hidalgo el buen exterior resulta de virtudes del espíritu. Ya he indicado en este punto su diferencia con la figura del *gentleman*. En el *gentleman* el ejercicio del deporte ha sustituido al de las armas”, p. 22), comienza estableciendo alguna equivalencia:

“Son varios los pueblos que han logrado crear un tipo de hombre representativo que podía erigirse en modelo y norma de perfección nacional: el ‘kalós kagatós’ de la Grecia clásica, el hidalgo español, el cortigiano del Renacimiento italiano, el gentilhomme francés, el gentleman inglés, el Junker prusiano, el samurai del Japón [...] todos expresan o encarnan lo que llamamos nobleza” (pp. 12-13)

“Una nota se destaca por lo pronto en esta explicación literal del significado de la palabra ‘hidalgo’: la referencia a un paso, una sucesión, una continuidad. El concepto de ‘hidalgo’ está radicado en el tiempo. En cambio el ‘gentleman’, el ‘hombre gentil’ o de gentes, se caracteriza por la exterioridad y por el espacio” (p. 15)

La hidalguía es la condición que los nacionalistas argentinos reclaman como descendientes de la España imperial. Resistiéndose a la “leyenda negra” de la Conquista y al destino menor de la colonia, e impulsados por un desmedido entusiasmo frente al triunfo de Franco en la guerra peninsular de 1936-1939, anhelan la restauración del imperio devastado, colocando sus expectativas en el desenlace de la segunda guerra mundial. Es en torno de ese conflicto que se suscitan las adhesiones más fervientes, los artículos más doctrinarios y las condenas más vehementes a los opositores.

La Cruz y la Espada: acción política y Acción Católica

“en algunas formaciones extremistas pervive una mística de la violencia. Ésta retomaba nuevamente las referencias a la primacía de la acción y la juventud, a la ruptura de valores, así como una ‘moral del guerrero’ basada en una visión del enfrentamiento violento como purificación”.

A. Fernández García y J.L. Rodríguez Jiménez, *Fascismo y Neofascismo*.

“En el momento de su fundación, su objetivo [de Fuerza Nueva, 1966] era constituir un grupo de presión capaz de convertirse en el eje de un movimiento aglutinante tanto de aquellos franquistas nostálgicos del espíritu de la ‘Cruzada’, como de las nuevas capas de población vinculadas a las corrientes ultranacionalistas, falangistas y del integrismo católico.

A. Fernández García y J.L. Rodríguez Jiménez, Op. cit.

Frente al núcleo de los “aliados” en la contienda, *Sol y Luna* se pronuncia por el Eje, pero con algunas reservas: en función de que la “latinidad” -como extensión necesaria, en esa circunstancia, del recorte hispanista- promete una restauración del antiguo dominio del Imperio Romano. las diferencias -si no directamente el enfrentamiento o la exclusión- con Alemania son tema obligado de la revista. Desde *Criterio*, monseñor Franceschi admitía que la proximidad con Mussolini respondía al tronco latino común de ambos pueblos³⁹. Los

³⁹ Cfr. Marcelo Monserrat, “El orden y la libertad. Una historia intelectual de *Criterio* 1928-1968”, en N. Girbal Blacha y D. Quatrocchi-Woison, op. cit. (pp. 151-192). No obstante, Franceschi guardará numerosas reservas hacia el régimen italiano. Primero, optando por una salida puramente peninsular como modelo (“¿Quién podría establecer correctamente una comunidad entre el nacional-socialismo y el Sr. Oliveira Salazar...? Estoy persuadido de que nos hallamos en presencia de una coincidencia accidental [...] Me permito afirmar que, a pesar de la contribución italiana y alemana en lo militar que recibe el Gral. Franco [...] el movimiento español responde a una doctrina que lo avecina a Oliveira Salazar pero no a Mussolini, por no mentar a Hitler”, cit. en p. 163). Luego, condenando el culto laico del Estado que define al fascismo (“Los filósofos del fascismo, tipo Gentile, han procurado darle un contenido ideológico a esa fuerza política, que en principio fue tan sólo un

“aliados” ofrecen una cuádruple amenaza: la más severa está representada por la Unión Soviética, ya que el terror a la expansión comunista es el flagelo más combatido no solamente por *Sol y Luna* sino por todos los nacionalistas argentinos. Por el otro extremo, los Estados Unidos se perfilan como el reemplazo del dominio inglés, con el agravante de la democracia como forma de gobierno (que lleva a la eliminación de las “jerarquías naturales” en que se embandera la derecha local, además de fomentar perversas imaginaciones de exportación del sistema al resto del mundo). En el caso de Francia, persisten los cuestionamientos a las “consecuencias nefastas” de la Ilustración y la Revolución Francesa (salteando por igual la restauración orleanista, el Segundo Imperio de Napoleón III y la Comuna de París)⁴⁰, mientras que Gran Bretaña sigue figurando como la administradora principal de las finanzas mundiales.

movimiento de reacción contra el liberalismo y el comunismo. Y sólo han logrado quintaesenciar un concepto: el nacionalismo que, llevado a sus extremas consecuencias cae en la condenación del *Syllabus*. Para el *fascio* Mussolini, ‘artífice del alma italiana’, el Estado lo es todo [...] Sostener esa posición como lo hace el *Duce*, implica una tiranía sin límites, que se iguala a la bolchevique”, cit. en p. 169. Era una tentación frecuente la igualación de los totalitarismos de derecha y de izquierda, independientemente de sus fundamentos). Por último, advirtiendo sobre la posible equivalencia de las mitologías fascista y nazi (“el fascismo ‘emplea la terminología cristiana y los conceptos del paganismo clásico’, mientras el nazismo tiene ‘un fuerte sabor a Walhalla bárbaro’”. Y agrega Monserrat: “Pero, más allá de todo eso, el analista sagaz advierte la inédita intensidad de la crisis global alemana, que distancia el fenómeno nazi del italiano”, p. 173). Correlativamente hay que considerar la conferencia con la que Marechal presentó en 1938 en Amigos del Arte los *Avisos y Sentencias Espirituales* de San Juan de la Cruz, en que el nombre Iberia convoca a la reunión de España y Portugal y, por consiguiente, a sus regímenes: “Y parecía que con la plenitud de su cuerpo Iberia conseguía la plenitud de su alma: tanto más fuerte se hacía el estruendo de sus armas vencedoras, tanto más crecía el de sus voces espirituales; junto a la figura del héroe se alzaba, paralela, la figura del santo” (incluido en *Sol y Luna* N° 2, p. 87).

⁴⁰ Como si esa deliberada ignorancia se plegara a la observación del español Eugenio Montes que niega la evolución en general y no vacila en particularizarla en la historia: “No ha habido evolución pues, de la España de Enrique IV a la España de Fernando e Isabel, ha habido actos simultáneos de creación” (p. 67).

Varias son las formas de tratamiento del tema⁴¹. Las poéticas están a cargo de Anzoátegui⁴², quien en el N° 2 de 1939 convierte en poema el lema de la Cruz y la Espada, no menos que la denominación que Franco se autoatribuye como “caudillo de España por la gracia de Dios”. Un grabado ecuestre de un monarca medieval refuerza el título “El Emperador vuelve del destierro”, que desencadena el fundamentalismo de la guerra santa:

“Tiene los ojos fieros del destierro”

“Es el orden que acaba y es la imperiosa necesidad de imperio
y es la necesidad de despertar con los clarines la esperanza dormida
y es la tentación del revólver y la tentación del monasterio”

“Y es el dolor rotundo de saberse inútil e ireemplazable”

“Los clarines triunfales ensillaron su grito de esperanza y de guerra”

“(Porque la espada tiene un filo de luz

y tiene una empuñadura para apretar la decisión de la aventura
en la empuñadura de la cruz)”

“Era la guerra necesaria y temible”

“Era la tierra que se vestía de guerra para restaurar el sentido de las cosas”

“Iesus Christus vincit, Iesus Christus regnat, Iesus Christus imperat, se santiguó
el Emperador”.

⁴¹ El desencadenante textual de esos planteos es la proclama inserta en el N° 1, en las páginas centrales, previo al planisferio de Sebastián Caboto que grafica las conquistas españolas. La misma revisa los dominios europeos de Don Carlos que, proveyendo el modelo para la fórmula franquista, es ungido “por la divina clemencia emperador semper augustus” (p. 103).

⁴² La única excepción la constituye, en el N° 1, la presencia de Eugenio Montes. Como embajador de la península llega, en palabras de Goyeneche, “al amparo de la Cruz y a impulsos de su heroísmo” (p. 57). Lo que resulta más sorprendente es que sobre este poeta no se postula el previsible retorno a la Edad Media sino la reivindicación del Renacimiento que, procediendo de la fuente española, “es siempre, un poco, el renacimiento del mundo” (p. 57), sin precisiones ni restricciones. El recorrido de Montes también resulta extravagante en función de los intereses de la revista: es un vanguardista que firma el manifiesto “Ultra” en 1919 y participa de publicaciones de vanguardia. Pero estos datos, meramente reseñados, pierden relevancia cuando Goyeneche los confronta con su posición “a la caída de la monarquía” (p. 58), cuando ingresa en *Sol* y suplanta a Ortega y Gasset. El escritor que “vio a España ‘totalmente’” (p. 58) es un autor político que “representa la tradición de España” (p. 60).

Anzoátegui retoma el tema en ese mismo número al comentar "Poema de la Bestia y el Ángel" de José María Pemán⁴³. Mucho más explícito en ciertos aspectos, por las permisividades expositivas de la prosa ("La Cruz y la Espada son en España las dos expresiones de un mismo signo: el signo de la Cruz, por el cual España pelea y se sacrifica como quien pelea para salvar su vida y como quien se sacrifica para salvar su alma. España vive de conquista en conquista y de reconquista en reconquista porque posee un destino cuya cifra es la Cruz [...] Ella conquistó a América para reconquistarla para Dios", p. 167), en otros se vuelve militante a favor de un totalitarismo de la lengua que contradice el programa de independencia lingüística y cultural promovido por la generación liberal del 37 en la Argentina⁴⁴. Tratando de dar un perfil al lenguaje mismo de la revista, con las notas arcaizantes en las cuales los redactores creen reponer el linaje hispánico, Anzoátegui afirma que "Pemán ha realizado el poema de la última aventura española en el lenguaje imperial que exigen las aventuras españolas [...] España tiene un mismo y único lenguaje

⁴³ Si bien a partir de su propia producción y de sus ejercicios críticos puede reponerse la función que tiene la poesía para Anzoátegui, no se desprende de allí la concepción que sostiene. Sin embargo, ésta se expone en la bibliografía de *Soledad, soledades...* de Juan B. Mihura. Resulta provocativo oponer esta concepción a la de Oliverio Girondo, quien unos años antes redactaba un membrete edificante declarando que en cierto momento a la poesía hay que hacerle lo mismo que a las mujeres: levantarle la pollera. Anzoátegui, en el otro extremo, se extasía con Mihura: "Él ha encontrado a la poesía y nos la ha traído para presentárnosla, no con la prepotencia del poeta guarango que para afirmar su machismo carnavalesco lleva del brazo a la poesía como anunciando a los cuatro rumbos que él la maltrata, sino con la inocencia del niño que se aparece en lo alto de la escalera tomado de la mano de un hada, delante de la familia reunida" (p. 196).

⁴⁴ Si bien existe una abundante bibliografía al respecto, el libro básico para consultar sobre el tema es el que contiene el rechazo de Juan María Gutiérrez del diploma de miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, *Cartas de un porteño*. Algunas ediciones incluyen la condena airada que le dirige el periodista español Antonio Martínez Villergas (radicado en la Argentina) que desencadena y sostiene la polémica.

espiritual [...]; el lenguaje limpio y totalitario de Adán y Eva en el Paraíso Terrenal” (p. 168)⁴⁵.

La Cruz y la Espada⁴⁶ retornan en la invocación de la nota de Meinvielle *Pastor Angelicus*, que ostenta en su encabezamiento el escudo papal y que se empeña en reconstruir el dominio de la Iglesia en el contexto de la guerra, trazando una breve historia de la función papal desde el *Syllabus errorum* de

⁴⁵ Donde el reclamo de lengua única y totalitaria se vuelve abtruso y absurdo es en el comentario que dedica Marcelo Sánchez Sorondo a *Don Galaz en Buenos Aires* de Manuel Mujica Láinez (Nº 2), ya que en un párrafo de redacción compleja termina señalando el “aporte” de la literatura argentina a la española, sobre todo a través de la poesía de Lugones y de las disquisiciones borgeanas sobre “el idioma de los argentinos”: “Así mediante el localismo se soslaya el mortal parangón, de pretenciosa paridad, con la literatura española a la vez que se señala nuestro aporte léxico a la madre lengua” (pp. 170-171). No hace falta abundar en la falta de habilidad literaria (ya que es imposible pronunciarse sobre el presunto acierto de la frase) del sofisma contra el estilo: “El estilo por el estilo es una aberración, un pecado contra la inteligencia, un angelismo literario [...] lo clásico es esta siempre natural, en el hombre, inclinación hacia lo auténtico. Por eso la verdad es clásica” (p. 169).

⁴⁶ Podría argumentarse que los grabados inicial y final de cada número de *Sol y Luna*, con los respectivos simbolismos de ambos astros y cuyas representaciones se deslizan entre la tradición cortesana, las empresas imperiales y las imágenes religiosas, funcionan como escudo de armas de la publicación, ofreciendo una perspectiva simbólica sobre la reunión de la Cruz y la Espada que preconizan sus colaboradores. Abusando del lenguaje medieval –como modelo de totalización lingüística de los hispanoparlantes-- y buscando un tono de oración que reaparece en algunos artículos, se instala el cierre poético de los volúmenes, a la manera del envío del amor cortés: “Sennores e amigos quantos aquí seedes: / Mercet pido as todos por la ley que tenedes / de sendos ‘pater nostres’ que vos me ayudedes; / A mí faredes algo, vos nada non perdedes”.

Pío IX⁴⁷, pasando por *Rerum Novarum* de León XIII hasta llegar a los Píos del siglo XX:

“Pío IX llena la época de esplendor liberal, masónico, economista; León XIII la época de agudización industrial, científicista; Pío X la declinación del liberalismo con la agudización del democratismo; la declinación del industrialismo con la agudización del socialismo, el anticlericalismo” (p. 114)

“Con el pontificado de Benedicto XV, que llena los ocho años de guerra europea (1914-1922) [sic], se cierra la época pastosa del último siglo de historia moderna y con el pontificado de Pío XI se inaugura la época del heroísmo, del heroísmo *del diablo* con el comunismo, del heroísmo de los *valores naturales* con el fascismo y el nacionalsocialismo, del heroísmo *sobrenatural* con la cruzada cristiana de liberación española” (p. 114)

La jerarquía de “heroísmos” señala la incapacidad del esencialismo para comprender los fenómenos políticos, a la vez que tiende a la justificación de la actitud papal evitando cualquier juicio político sobre su conducta, especialmente en lo que atañe a Pío XII y sus dos actitudes más polémicas: su prolongada estadía en Berlín -durante la década de ascenso del nazismo- en carácter de Nuncio Apostólico, y el pacto con Mussolini (“Pío XII apacienta hoy la Iglesia de Jesucristo. Su nombre de antes ya no interesa. Su nombre de hoy es Pedro [...] Su origen y sus antecedentes, su concepción propia de los problemas actuales, sus opiniones y preferencias tampoco interesan”, p. 101).

⁴⁷ En palabras de Meinvielle, el *Syllabus* contiene “todos los errores que la impiedad viene vomitando desde la reforma protestante y que, en resumen, se condensan en la última proposición condenada que dice así: ‘El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse con el progreso, con el liberalismo y con los modernos principios de la civilización’” (p. 106). El fantasma de la Reforma es conjurado desde varios ángulos; para esa empresa, el sacerdote no vacila en la intervención de la política, particularmente la española: “¿quién puede negar que los factores de la revolución española, como Azaña, Prieto y Largo Caballero, no han actuado como autómatas sino libremente, en el proceso del drama español? [...] los fenómenos históricos colectivos y la vida de las instituciones pueden ser previstos con anticipación” (p. 103). La política española resulta por este medio convertida en drama de Calderón, con la opción por el libre albedrío en lugar del ajuste a la determinación. De este modo, el curso de la historia se revela como refutación a la convicción rectora de Lutero.

La exclusión de la política se conjuga con la exaltación de la religión⁴⁸, que ocupa esa vacancia y cuya misión no es evacuar la guerra sino conferirle un carácter santo. Allí arraiga la restauración requerida, que se interrumpió con la primera guerra mundial y que en la segunda, gracias a la condena de Maurras, al disciplinamiento de la Acción Católica y al triunfo del caudillo cristiano en España se puede restablecer. La restauración es un proyecto paradójico, desde ya reaccionario, por su flexión de pasado en la voluntad de retrotraerse a un pretérito en el cual la fe no estuviera amenazada ni por la Reforma ni por pretendidos sucedáneos políticos: "Pío XI hizo de la humanidad en toda la época heroica hasta dejarla en el umbral mismo de la Restauración de la Cristiandad, que esto significa el triunfo nacionalista en España. Pío XII, entonces, ha de regir la Santa Iglesia durante la Restauración de la cristiandad" (p. 114)⁴⁹.

La oposición entre la acción política (asociada a los excesos doctrinarios de *Action Française* que derivan en la consabida condena de Maurras) y la Acción Católica es analizada por Sepich en su comentario a *Questions de conscience-Essais et allocutions* de Maritain. El filósofo francés, que había sido una de las autoridades del pensamiento cristiano, estaba relativamente

⁴⁸ En El N° 1 todavía se confiaba en una conciliación entre política y religión, como lo testimonian los artículos de Marechal ("El poeta y la República de Platón") y de Santiago de Estrada ("Sobre Historia"). Este último sostiene que "el conjunto que ha de formar la humanidad es la recomposición de la unidad originaria, lograda en Cristo y su Iglesia, pero que recién se manifestará el día del juicio universal" (p. 125). Los límites de la historia están dados por la religión de modo que "entre el principio del Génesis y el fin del Apocalipsis se desarrolla todo el drama de la historia" (p. 125). No hay exclusión intolerante de otros credos que no sea el católico, sino negación de principio de todos ellos en tanto no responden a la Verdad, siempre con las mayúsculas a las que es proclive el fundamentalismo. El Reino de Dios se traduce en el Imperio terrenal, y éste se instala en América recién "cuando Colón llega a sus playas" (p. 127). Todo lo que no corresponda a la sucesión imperial occidental está en la prehistoria o en la imaginación siniestra ("Sólo Dios sabe hasta dónde llegaría una América que se empeñara en abjurar de su pasado europeo", p. 130).

⁴⁹ Un recorrido de militancia católica remata la nota: la autocita de *Qué saldrá de la España que sangra* (1937), en edición del Secretariado de Publicaciones de la Asociación de los Jóvenes de la Acción Católica, y el extracto de un artículo incluido en *Criterio* del 10 de marzo de 1938.

cuestionado desde que había evitado condenar a los republicanos de la guerra española considerando que los nacionalistas no debían encarar una contienda civil para imponer su ideología. Eso provocó una reacción en los nacionalistas argentinos encabezada por Pico y, del lado estrictamente católico, Franceschi y Meinvielle. Sepich, con cierta voluntad conciliatoria, entiende que Maritain “es un filósofo a quien los acontecimientos anticristianos de hoy hacen sufrir enormemente” (p. 181) y evita entrar en el eje de la polémica limitándose a enunciar y describir brevemente los temas del libro.

En el N° 1, Eugenio Montes había indagado la reunión de la Cruz y la Espada en “De Granada a Rocroy”. Un recuento de la historia española que toma como episodio central el reinado de los monarcas católicos, y una breve incursión de teoría política que le permite disentir con Benedetto Croce -en torno de las características del Estado moderno construido contra la Iglesia-, deriva en los aspectos místicos de España: “La mística coincide con el imperio [...] ha habido poca mística antes de Isabel y Fernando y no ha habido ninguna que yo sepa, después que el imperio español declina y desde que no ganamos las batallas por el mundo [...] Desde 1580 no hay un solo místico en la literatura española [...] no se realiza ningún imperio sin el estímulo místico” (pp. 82-83). Embistiendo contra Descartes -en una línea común, en ese mismo N° 1, con el artículo de Garrigou-Lagrange-, también desprecia al romanticismo, entendiendo que ni éste ni el racionalismo presentan “una totalidad de cultura” (p. 84). El reclamo de totalización apela a la religión y no a la historia, y consecuentemente se asocia al totalitarismo.

La relación entre política y religión, que en el N° 1 empalma al imperio y al misticismo y que en el N° 2 recalca en lo poético, lo doctrinario y lo militante, se vuelve programática en el N° 3, donde el programa de restauración se analiza desde la sede que ya había señalado Rojas como fundamental para su puesta en práctica: la educación⁵⁰. Juan P. Ramos trata la cuestión, aunque el desarrollo

⁵⁰ De modo más lateral cabe incluir en esta serie la nota que dedica Espezel a la revista del Club Universitario de Buenos Aires, *Estación*, en el N° 3, cuyos “redactores han padecido nuestra universidad, pieza maestra del espíritu burgués, informada de pragmatismo y temerosa de la Verdad por sobre todas las cosas” (p. 187). Es una remanida alternativa la que machaca aquí Espezel: la de la Verdad nacionalista -amparada por la filiación católica, en el caso de *Sol y Luna*-- contra los errores del positivismo que campeó entre la intelectualidad liberal del último cuarto del siglo XIX y el primer cuarto del XX.

se limita por la tendencia axiomática ("La educación es un límite, la religión un fin", p. 50). En el N° 9, Samuel Medrano recorta el tema al período colonial, si bien comienza manifestando su desacuerdo con esa nomenclatura histórica. Al lamento por la ausencia de héroes locales del tipo de los de la historia europea, sigue la consideración de la conquista como una obra misional: "la fundación fue obra de la Espada y de la Cruz. Con el conquistador llegó el misionero [...] La Cruz y la Espada son sus símbolos esenciales y perdurables" (p. 94).

La latinidad orienta esa continuidad de España en América en la que confía Medrano, insistiendo en que la fe y el idioma latinos instalan "los valores esenciales del alma" (p. 96) en los territorios de ultramar. La *traslatio imperii*, degradada en virreinato, es evaluada como forma organizativa propia, en la cual se establece "nuestra patria" aislada de la "leyenda del oscurantismo español", aunque para promover su defunción acuda a un paralelismo que proclama lo condenable: porque la paridad entre Hernandarias y Labardén en la cual "el conquistador de fines del XVI y el poeta de comienzos del XIX trasuntan un mismo amor y un mismo orgullo" (p. 100), es el vínculo entre dos personajes que prosiguen una institución inhumana: la trata de esclavos.

Más convincente se muestra Pico al ahondar el punto en "Totalitarismo", donde al reclamo del Imperio -y al desdén por la difusión del imperialismo- le sucede una asociación entre totalitarismo y perfección que busca situar la cuestión en el orden moral, aunque en los ejemplos que ofrece vuelve a la dicotomía inicial: "Cabén dos tipos genéricos de totalitarismo que corresponden a las dos sociedades perfectas: el totalitarismo eclesiástico y el de la sociedad civil [...] Descartado el totalitarismo eclesiástico por la misma Iglesia, no queda más que la posibilidad de un totalitarismo político-social fundamentalmente anticristiano y despótico".

La clasificación retoma la distinción establecida por Maritain quien, mucho más riguroso que Meinvielle, no se obstina en demonizar al comunismo sino en definir sus rasgos. Pero esta presencia no representa una adhesión, sobre todo tras la polémica de Pico con el filósofo francés; por el contrario, la cita viene a marcar las insuficiencias de su método y a revelar que dicha taxonomía promueve la confusión según la cual la democracia, opuesta al totalitarismo, es un régimen "maravilloso". Acusando a Maritain de sofista, Pico la emprende contra el régimen democrático denunciando su "índole totalitaria" (pp. 69-70).

La "Carta a Maritain" aparece citada como muestra de la coherencia del pensamiento de Pico, quien a través de la reproducción de los términos de esa misiva expone en *Sol y Luna* una defensa del fascismo, aunque relativizando su condición a un movimiento sin esencia específica, pero útil a los fines cristianos: en la carta se recomienda la colaboración de los católicos con los movimientos de tipo fascista "para evitar la catástrofe a que nos conduce la dialéctica interna de los acontecimientos históricos" y a la vez porque "esa cooperación facilitará al fascismo el hallazgo y la formulación de una doctrina que salvaguarde los derechos de la persona humana y lo aparte de la estatolatría" (p. 73).

Un doble beneficio proveería esa alianza: por un lado, conceder al cristianismo una organización para llevar adelante la lucha contra todos los "males" contemporáneos (compendiados en las encíclicas papales)⁵¹; por el otro, evitar la "desviación lamentable" del fascismo a "los ideales paganos y al más crudo materialismo", como advertiría también Franceschi al describir al régimen. Sin embargo, conviene limitar los alcances del acuerdo: en su desconfianza hacia las derivaciones que puede acarrear el fascismo italiano, Pico se pronuncia por la adhesión incondicional al falangismo español, condenando a los intelectuales -cuyo epígono es Georges Bernanos- que no admiten la bendición papal a Franco declarándolo "su caudillo benemérito de la Cristiandad" (p. 77).

La defensa más extraña del Imperio corre por cuenta de Marcelo Sánchez Sorondo. No radica su extrañeza en diferencias de fondo con las exposiciones de sus compañeros, sino en la utilización de un término que resulta ajeno a la doctrina nacionalista, tanto como el método que define: el de "dialéctica". Precisamente bajo el título de "Dialéctica del Imperio" incurre el autor en un análisis que prácticamente no evita ninguna de las figuras prominentes de *Sol y Luna*. Admitiendo que las leyes dialécticas son las leyes del avance de la historia, decae en la justificación metodológica para apelar al voluntarismo: "España responde a una atracción, una vocación de gravedad. Responde a la

⁵¹ El fascismo como defensa frente a los "peligros" igualitarios y democráticos y, ante todo, como prevención frente a la "ola roja", había sido percibido no solamente por la derecha que se beneficiaba con esa alianza, sino también por el sentido común que había acuñado la definición "un fascista es un burgués que tiene miedo".

ley de gravedad dialéctica que es la ley histórica del imperio. Está signada por el signo romano del imperio y por el signo de la cruz de Roma" (p. 107).

Inflexión: presuntamente dialéctica de lo que será un lugar común en la revista, a la vez que mutación trascendentalista de algunos enunciados de raíz marxista. Por ejemplo, la convicción de Marx acerca de la revolución como partera de la historia, se trastorna en la observación de que la idea de imperio viene de Roma al mundo latino porque "la historia estaba en preñez y Roma es el parto esperado de la historia [...] Y hasta en un distingo de razón, sin considerar la Iglesia, parece que si la historia tuviera motivos profanos, Roma sería el motivo profano de la historia" (pp. 108-109).

Sin limitarse a lo puramente metodológico, Sánchez Sorondo inicia un rastreo de los hechos. Así advierte que "en las guerras púnicas, encontró Roma su definitiva vocación de imperio" (p. 109). En el contexto de redacción del artículo, en los preliminares de la segunda guerra mundial, advirtiendo los síntomas de su inminente desencadenamiento⁵², y sobre el proyecto restaurador de la revista, el análisis de Sánchez Sorondo parece programático y se desea profético. De las guerras púnicas a la Marcha sobre Roma media un extensísimo período histórico, pero en el plano metodológico se resuelve en la dialéctica de la historia y se justifica sobre ese pasado glorioso. Más aún: dado que "por definición, el imperio es singular, impar" (p. 109), es imprescindible restaurar ese antiguo imperio frente a la imposibilidad de duplicarlo, o ante su eventual deformación en imperialismo ("En el mundo moderno, los imperialismos, reemplazan al imperio. Éste quedó latente [...] Hay que buscarlo por vía dialéctica", p. 110).

La restauración del imperio romano en España es más una esperanza que una posibilidad. Sánchez Sorondo no podía ignorarlo, aunque militara a favor de la restauración. Su claridad política se contrapone en este punto a su voluntad profética, señalando que el pueblo que no responde a su misión imperial decreta su muerte espiritual. Pero aunque España tenga "la médula romana" y la "tentación teológica" (p. 111) del imperio, su condición del siglo XX parece difícil de modificar. El ansia de restauración se limita en este punto

⁵² Hobsbawm observa que la segunda guerra mundial se produjo porque Alemania no podía tolerar la serie de capitulaciones a la que se vio obligada después de ser derrotada en la guerra de 1914-1918. La disconformidad con los términos del tratado de Versalles serviría como caldo de cultivo para organizar el nazismo. Cfr. *La era del capital, 1848-1875*.

a revisar los antecedentes peninsulares: si la historia pudiera graficarse “veríamos en esos gráficos a la línea de España, trepar por la Edad Media, ascenso incisivo llegado el siglo XV, y después del siglo de oro, caer plomíferamente, borbónicamente, hasta el ñoño nivel con que el mundo liberal favorecía a las naciones sin derecho a voz ni voto” (p. 113).

Sin embargo, la expectativa de Sánchez Sorondo está menos en la recuperación de los dominios de ultramar por parte de España que en la restauración de la ortodoxia aplastando las rebeliones internas. En el panorama de la guerra civil, de la que Franco ya se perfila triunfador, “esta íntima contrarrevolución señala en su anchura española la vuelta de la inteligencia en procura de la cosa” (p. 115) contra las desinteligencias del liberalismo que introducía la heterodoxia a través de los “intelectuales españoles”, alineados en su mayoría con la república. No hay un antiintelectualismo en esta observación, sino una acusación hacia quienes “falsean” la historia española al resistirse al retorno de la unión de la Cruz y la Espada que atraviesa desde las Cruzadas hasta la Inquisición. La dialéctica de la historia es, para Sánchez Sorondo, una exigencia de responsabilidad frente a los desvíos de quienes no vacilan en quitarle a la nación las “virtudes teologales” (p. 118) en las que naufraga toda la especulación política.

Además de los artículos y las notas de los colaboradores de la revista, resalta otro modo de inscribir la relación entre la cruz y la espada: son los pronunciamientos transcritos en los N° 2 y 3. El primero, a manera de campo/contracampo, utiliza dos páginas para destacar la consagración del caudillo y para dar la palabra al jefe político y al religioso en el marco de esa ceremonia. El otro, que recurre a la misma disposición gráfica, incorpora las palabras de los papas Pío X y Pío XII al comenzar la primera y la segunda guerra mundial, respectivamente. En el N° 2 es la parafernalia falangista -antecedida por el grabado de un cruzado con un breve texto del *Victorial de Caballeros* de Gutierre Díaz de Gámez- la que rodea la unción de Franco:

“Dios puso en las manos del Generalísimo la espada de la guerra y el Generalísimo deposita en el altar de Dios la espada de la victoria. Está teñida de sangre -porque la salvación de España debía llevarse a cabo sangrientamente- y está teñida de luz -porque su salvación debía realizarse luminosamente.

”Bajo la mirada del Cristo Negro de Lepanto el Caudillo de la Cristiandad lee con la voz arrasada la fórmula de su homenaje. Dos falangistas sostienen el pergamino de la ofrenda.

"Hincada la rodilla española, el Generalísimo es la encarnación de la grandeza de su pueblo, de ese pueblo que sólo hinca la rodilla para levantar el vuelo. Y la Iglesia recibe la espada del Caudillo, porque la espada es la afirmación heroica de la Cruz" (p. 119).

'El Caudillo' (a Dios): "préstame toda tu ayuda para llevar a este pueblo a la plena libertad del Imperio, para tu gloria y la de tu Iglesia" (p. 120).

'El Cardenal': "que la Divina Providencia siga protegiéndote a ti y al pueblo cuyo régimen te ha sido confiado. En prenda de estos favores, te bendigo" (p. 121).

En el N° 3 es el despojamiento total de las páginas el marco de la inscripción de las palabras de los pontífices:

1914 – 2 de agosto: "el ministerio apostólico exige de Nos que orientemos decididamente el espíritu de todos los fieles cristianos hacia Aquél de donde viene el auxilio, a Cristo, decimos, príncipe de la paz y mediador poderosísimo de Dios y de los hombres (Pío X).

1939 – 14 de septiembre: "Porque somos, aunque indigno, Vicario de Aquél que descendió sobre la tierra como príncipe de la paz [...] no dejaremos de esperar atentamente, para secundarlas con todo nuestro poder, las ocasiones que se ofrecieren para inducir de nuevo a los pueblos, hoy levantados y divididos, a la negociación de una paz honrosa para todos, conforme con la conciencia humana y cristiana, que proteja los derechos vitales de cada uno y salvaguarde las naciones, así como para aliviar las terribles heridas ya infligidas o las que lo fueren en el futuro" (Pío XII).

La adhesión de *Sol y Luna* al franquismo contra la "barbarie roja" se advierte también en la reseña que hace Goyeneche de la revista poética *Mediodía* editada en Sevilla, en cuyo número de 1939 el director Eduardo Lloset y Marañón sostiene que "de la Poesía hay que hacer un culto en España, porque de la Poesía nace la posibilidad del Imperio" y en ese principio condensa "la razón de ser de *Mediodía*" (pp. 171-172). Las mayúsculas imponen los conceptos más allá de las razones, algo a lo que se pliega Goyeneche citando a de Maistre ("La razón sólo puede hablar; el amor es el único que canta", p. 172) y aplaudiendo el "vigor" de la publicación que es el credo de los nacionalistas frente a las incrédulas "conciencias inquietas" de la "barbarie" (p. 173).

Y pese a la distancia del objeto de comentario, se renueva esa profesión de fe en la nota de Llambías sobre *El problema de la burguesía* de Tristán de Athayde. Por cierto, esta cuestión es conflictiva, ya que *Sol y Luna* brega por

una aristocracia que desdeña al que en términos baudelairianos -que el propio Llabrás hace suyos- es *celui qui ne comprends pas*, pero al mismo tiempo no puede deshacerse con tanta facilidad del mayor apoyo que tiene el régimen fascista, como tampoco puede entrar en pugna directa con la burguesía sin encontrar un principio de acuerdo con el marxismo. Matizando la postura, Llabrás tiene que hacer concesiones:

“Los alcances más violentamente peyorativos del término ‘burgués’ en política se deben a Marx y a sus secuaces.

”La parte de verdad que se contiene en la crítica negativa de Marx ha llevado a muchos demasiado lejos, y hasta numerosos escritores de inspiración cristiana, arrastrados por una apologética imprudente, suelen valerse de la acrimonia [sic] pseudo profética de los revolucionarios de izquierda” (p. 175).

El modo de evitar ser arrastrado por el discurso marxista en la desestimación de la burguesía -en tanto clase que promueve revoluciones que conducen a la instauración del régimen democrático en el que los aristócratas ven hundirse las jerarquías, arrasadas por la fuerza del número- consiste en plantear la revolución en términos religiosos de “salvación”, de modo que los argumentos convocados no versan sobre la viabilidad histórica sino sobre la legitimidad del propósito rebelde. La jerarquía social se asienta como fundamento de exclusión -y en el extremo, de eliminación- de la burguesía desde los principios de “la restauración por obra de los ‘optimates’” (p. 177) en los que se solaza la revista, no sin antes postular al fascismo como aristocracia del siglo XX:

“Firmes en nuestra convicción de que la aristocracia tiene un fundamento absoluto en la realidad social, pensamos que ni siquiera debe plantearse el problema de la salvación de la burguesía.

”La burguesía deberá ser destronada y restituida a las subalternas funciones que le competen, así la verdadera aristocracia que la suceda, deberá provenir en parte de sus propias filas. Los movimientos de reacción, genéricamente fascistas, ya están elaborando las bases de una nueva aristocracia.

”El gobierno de la burguesía es el último término de la subversión, porque el gobierno del proletariado, que le sucedería, según el ciclo de la Revolución, es un impensable, ya no es gobierno” (pp. 176-177)

Las mismas cuestiones se desgranán en los párrafos centrales de “Pasemos a la escucha” de Pemán (Nº 4). Para el español, el Imperio debe

restablecerse en el marco del modernismo literario -del mismo modo que para Lugones el modernismo reclamaba la reinstauración de la aristocracia-, de modo de borrar la ignominia sufrida por España en 1898 frente al "apretado y fuerte coloso del norte" contra el cual "Rubén lanzaba su consigna: el Imperio como remedio contra el imperialismo [...] Su Salutación del Optimista es todavía la mejor proclama de la Hispanidad" (p. 87). El totalitarismo cristiano representa la salvación de lo que está en riesgo por la acción de las democracias. Pero es una salvación sólo comprobada para Europa, y aún sujeta a prueba en América, y el caso mismo de la revista sirve como ejemplo:

"Así se da el caso de que los procesos de reacción americana siguen un camino inverso a los europeos. Aquí es la conciencia nacionalista e imperialista la que los inicia, y luego buscan un acomodo con los principios católicos y con la Iglesia. Allí son los grupos católicos los que los inician, buscando, luego, la colaboración de los instrumentos y estilos fascistas. Aquí es la fuerza y la violencia la que llama, luego, para decorarse, a los principios. Allí son los principios los que llaman, para defenderse, a la fuerza.

"Así el magnífico grupo católico argentino de *Sol y Luna*, cuando llega la Cruzada española, no se desorienta y pierde, como nuestros pseudocatólicos de *Cruz y Raya* [...] A Maritain, que por vivir plenamente en el centro visceral de Europa, se le fue plenamente la cabeza, le contestan agudamente, por boca de César E. Pico" (p. 91)

En realidad, en la diferenciación que traza Pemán radica la distinción entre revolución y reacción. Pero no lo marca explícitamente, acaso porque está demasiado empeñado en comprender la política sobre el parangón con la religión. Los esfuerzos de comprensión proliferan; en ese mismo N° 4 los evidencia Alejandro Ruiz Guiñazú cuando comenta *La Europa trágica* de Gonzague de Reynold, adhiriendo a su preocupación por cuanto "una serena afirmación de la fe católica [...] constituye el eje de todo el libro" (p. 179). La justificación del fascismo se barrunta desde esos esfuerzos comprensivos; luego, en el reconocimiento de una incompatibilidad organizativa del régimen con la Iglesia, que no reclama la ruptura -frente a la amenaza "roja"- sino el pacto. Pero por segunda vez en la revista, los principales regímenes europeos pierden peso como modelos frente al estado portugués que "representa entre las modernas fuerzas de gobierno, aquella que más próxima se encuentra de la democracia cristiana" (pp. 177-178).

La restauración del Imperio pretende la inmediatez en la declaración inicial del N° 4 (1940), que sigue al reparto de dominios entre la ciencia y la fe establecido en los respectivos grabados del sol (*Sphera del sole*, rodeada por una simbología que alterna lo medieval con la antigüedad clásica, sabios y músicos de la Edad Media con Pitágoras) y la luna (la Virgen con el Niño sobre una medialuna). Allí se diseña una Santísima Trinidad en la que confluyen tres países en uno con una sola lengua verdadera:

“Tres vértices discernibles en la geografía y en el espíritu limitan el triángulo de la Hispanidad: México, la heroica, símbolo de la fe militante que aprendió a florecer entre sus dardos; España, la encendida, en cuya sangre no se ha perdido nunca el amoroso número de la Caridad; y la Argentina, que se ofrece a los ojos del mundo como una viva figura de la Esperanza. Son tres vértices y un solo triángulo dentro de cuyos términos, unida, en la confesión de una sola verdad, en la música de un solo idioma y en la vocación de un solo destino, la Hispanidad se atreve a gritar ahora el advenimiento de su segunda primavera” (p. 9)

En el estudio de la obra de Dante que encara el jesuita Gerald Walsh a continuación (“Dante humanista medioeval”, N° 4), la justificación de la *Commedia* es el pasaje que promueve de la alegoría a la política, de modo que el articulista establece las equivalencias que convienen a la ideología de *Sol y Luna*: “la Selva Oscura es una figura de la pasión humana. El rescate por Virgilio es la prudencia de un Imperio ideal y universal. El descenso de Beatrice es un símbolo del papel de la Revelación y la ayuda de la Gracia. Es ella la sabiduría sobrenatural de una Iglesia Católica, guiada divinamente” (p. 31).

La función de este artículo se correlaciona con el propósito de la inclusión del siguiente, “Carlos II” de Hilaire Belloc en traducción de Beccar Varela. La justificación del texto en la revista reside en la advertencia que ensaya en torno de cómo la Argentina debe evitar la degeneración de España en su territorio, sobre la observación de cómo degeneró la aristocracia inglesa en la “plutocracia” norteamericana⁵³. Pero esa presencia responde también a la “emoción

⁵³ Unas páginas más adelante, Espezel aborda el libro de Belloc *La crisis de nuestra civilización*, reponiendo los principios metodológicos con los cuales trabaja el historiador. Al primero, que establece que “la verdad histórica es un asunto de proporciones” sigue el que *Sol y Luna* situará como fundamental en todas sus indagaciones: “La religión es el principio elemental determinante que actúa en la formación de toda civilización” (p. 199).

intelectual" que provoca en los colaboradores de *Sol y Luna* la historia de la monarquía europea; así lo asienta Samuel Medrano en la bibliografía que dedica a *Isabel de España* de William Thomas Walsh en el N° 1, apelando a lo emotivo también en torno del *Felipe II* del mismo autor y agradeciendo que encare "la poderosa revaloración contemporánea de los personajes y los hechos centrales de aquella historia, envueltos por un tiempo demasiado largo y demasiado oscuro en la universal conjura antiespañola que se esparció por el mundo después de la Reforma" (p. 178)⁵⁴.

Otra vez la Cruz y la Espada, la primera como orientación de la última: así se vislumbra en la búsqueda de "los reales motivos en virtud de los cuales la egregia soberana, como todos los grandes místicos occidentales, como Santa Teresa, Santa Catalina de Siena o San Ignacio de Loyola, encontraba en la oración la poderosa voluntad que transformaba su debilidad en energía insuperable" (p. 179). O, para traducirlo a los términos tomistas que rigen la revista: la potencia de la Cruz trasladada al Acto que se cumple con la intervención de la Espada; la potencia de los santos llevada al vigor de los actos en los que se diseñan los jefes.

⁵⁴ Demasiadas resonancias arrastra esa frase en el contexto del nacionalismo autoritario en la Argentina. Alcanza con recordar la pretendida "campana antiargentina" con la cual los militares llegados al poder con el golpe de 1976 desacreditaban los reclamos por los derechos humanos presentados por otros países, entre ellos Suecia y Francia que exigían respuestas por la desaparición de una adolescente y dos monjas respectivamente.

Entre el Cielo y el Walhalla

“la camisa... Hitler la adoptó porque antes la empleó Mussolini. Pero basta comparar una ‘camisa negra’ con ‘camisa castaño’ o kaki oscuro para ver la diferencia. Aquél, con su negro fez dotado de una borla que cae sobre la frente, con su puñal si se trata de un jefe, es un poco ‘compadre’, fanfarrón, pero tiene brío y una cierta elegancia insolente. El alemán, en cambio, de camisa más estrecha, con su brazal que siempre se corre del codo hacia abajo y su kepi desairado, se parece a los mensajeros de telégrafo que vemos desfilar rápidamente por las calles de Buenos Aires. El fascismo ha respetado la bandera nacional; el hitlerismo la ha sustituido prácticamente con la partidista. Y esto tiene su hondo significado”.

Monseñor Gustavo Franceschi, en *Criterio* N° 272 (1933).

La latinidad como fundamento racial que pregonaba la distancia con el nazismo se impone en la bibliografía que Espezel le dedica a *Jefes* de Massis. La fascinación con el autor es aquí múltiple: a la preferencia declarada de la revista por el francés -verificada en la edición del libro por la misma *Sol y Luna*- se agrega el tema del volumen, una serie de entrevistas a los caudillos contemporáneos y algunos comentarios sobre los regímenes⁵⁵. Del lado de las entrevistas se alinean “los clásicos, los defensores de Occidente, los latinos”; del otro lado “el romántico, el hombre del ‘Sturm und Drang’, el nórdico vecino al eslavo” (p. 185). Es decir, Mussolini, Salazar y Franco frente a Hitler. Y el

⁵⁵ Como advertencia preliminar, Espezel señala que “la época del revolucionarismo forzoso toca a su fin; la palabra reacción ha perdido su sentido peyorativo, para designar simplemente la actitud de los que buscan, en la contemplación de los modelos clásicos, formas nuevas que nos hagan salir del atolladero a que nos ha conducido el desorden considerado como sistema” (p. 184).

punto diferenciador de la "raza latina"⁵⁶ lo provee la comunidad cristiana de los "jefes":

"La unidad de estas obras variadas entre sí estriba en su carácter de tributarias de la antigua comunidad europea, de la Cristiandad. Porque está en 'las cosas' la acepta Mussolini, porque está en la base de su concepción del orden la aceptan Salazar y Franco. Este carácter común da al autor las bases para diferenciar las realizaciones latinas de la de Hitler, con la que se obstina en confundirlas la más tendenciosa de las propagandas. La reacción de Hitler tendrá arraigo profundo en la mentalidad germana, pero marca a no dudar 'una ruta personal, netamente divergente de las vías del mundo occidental'" (p. 186).

Para Massis, la amenaza de Hitler reside en su voluntad de conquistar el mundo arrasando las otras naciones. Para *Sol y Luna*, más estrictamente, la resistencia a ese modelo totalitario arraiga en el espíritu de Reforma que orienta al nazismo y que persiste en el protestantismo profesado por el pueblo alemán⁵⁷. Citando el texto de Massis, Espezel se hace eco del rechazo que provoca en el escritor la sujeción al modelo hitleriano, que en el caso francés se traduce en el lamento sobre el régimen de Vichy. Esa actitud provoca el aplauso del

⁵⁶ Sin embargo, no es el concepto de "raza" el que eligen los nacionalistas de *Sol y Luna*, sino el de espíritu: eso provee otro fundamento de diferencia con el nazismo. Los modos de la distinción no radican para los nacionalistas en lo físico. El comentario de José María de Estrada al *Breviario Imperial* de Cuadra -uno de cuyos fragmentos se incorpora al N° 5 de la revista- lo confirma: "La hispanidad no es una raza [...] La hispanidad es una espiritualidad con un pleno dominio de las cosas, es una cultura donde la forma ha adquirido, con el correr de los siglos, una inquebrantable primacía sobre la materia" (p. 241). Inmediatamente aclara que los integrantes de *Sol y Luna* "no somos [...] unos fanáticos de la hispanidad -'la nuestra no es una hispanofilia sino una hispanofiliación', dijimos alguna vez..." (p. 242).

⁵⁷ Son numerosas las manifestaciones anti-Reforma que se dispersan por todos los números de la revista; acaso la más pretenciosamente fundamentada sea la de Hilaire Belloc en el N° 5, al ofrecer el segundo adelanto de su libro *Carlos II*. Revisando la historia europea para establecer el contexto inglés observa la producción de "explosiones [que] habían resquebrajado la Iglesia Universal en Europa y producido el desorden que llamamos la *Reforma*" (p. 133).

comentarista: "Massis ha sabido sobreponer su sentido de hombre de Occidente, de defensor del común bien público europeo a un exacerbado 'chauvinismo'" (p. 188).

En verdad, lo que subyace en *Jefes* -y lo que lo habilita como bibliografía que amerita incluirse en la editorial de la revista- es la fascinación con el Imperio desde la cual está concebido. Es la misma razón que lleva a incluir en el N° 5 el artículo del nicaragüense Pablo Antonio Cuadra "La Loba y el Cordero. Las dos Romas", partiendo de la perdurabilidad de la fundación imperial: "Roma ha conjugado en piedra todos sus verbos civilizadores" (p. 9). La cita de Pío XII -todavía referido como cardenal Eugenio Pacelli- apela a una comunidad ideológica con el lector que no sólo acuerda con el dictamen de que "Roma es la nueva Sión, y todo pueblo que vive en la fe romana es romano" (p. 10)⁵⁸ sino que comparte el proyecto del precavido Rómulo sobre el del aventurero Remo y convoca a mirar "con los ojos *nacionalistas* de Rómulo la historia romana":

"Rómulo quería una Roma encerrada, amurallada; una Roma nacionalista, para decirlo con palabras actuales. Sin embargo, desde su original concepción, Remo inicia la fuga hacia la aventura -raíz de imperio- y salta la línea de las murallas romanas encontrando la muerte" (p. 17).

Resulta extraño, ya que no incongruente, frente a esta exaltación del Imperio romano, el esfuerzo que cumple Anzoátegui en el poema "El almirante" por borrar el origen italiano de Colón para reducir al impulso español la conquista americana. Un grabado en rojo y negro del jefe de la expedición ilustra los versos, que rematan en la expectativa por el régimen hispánico frente a cualquier otra alternativa de desenlace no ya de la conquista varias veces centenaria, sino de la guerra mundial inmediata:

⁵⁸ Esa frase le sirve para oponer el conservadurismo judío al nacionalismo cristiano: "Israel tiene una historia de conservación y de defensa. Roma una historia de expansión y de conquista" (p. 20). Esa intuición provee la posibilidad de leer en las alternativas del poder religioso y el poder político una profecía sobre la guerra contemporánea: "A Israel le nace el Mesías, pero al ver que no es un Caudillo de la tierra, un jefe terrenal y político, lo crucifica [...] En tanto Roma, cuando dominó al mundo, al no encontrar a Dios, divinizó a sus jefes [...] ¡Roma, buscando el cielo por un camino irracional, perdió la tierra, perdió la razón!" (pp. 24-25).

“¿Es que acaso interesa
la nacionalidad de un hombre que ha nacido
para llevar a Dios sobre las olas en hombros de su empresa?
¿Es que acaso la hazaña
del marinero prometido
no tiene la nacionalidad de la promesa que imperialmente pertenecía a la corona
de España?

.....
Mercader y poeta,
mercader de una gloria que venía pisándole los talones en sueños,
poeta de una historia que –por soñada y por intencionada-- parecía una profecía
misticada por un verdadero profeta”.

“Viene a poner un orden totalitariamente contabilizado
entre el que tiene y el que pide,
entre el administrador y el administrado.

Detrás, España espera
la promesa falangista de la primavera” (pp. 103-106).

El correlato de este poema es la “Oración de guerra” que en el mismo N° 5 ensaya la construcción del héroe franquista como sostén del caudillo. El soldado que ha muerto “en el frente del Ebro” condensa la hispanidad conquistadora y el modelo imperial romano; él fue quien “en la nueva alborada de su patria había saludado a Dios con el saludo de los gladiadores de Roma” en la lucha “de brazo contra brazo y de alma contra alma, en que se jugaba y se reconquistaba el destino de Europa” (p. 120).

El poema es una forma apropiada para la exaltación emocional y la incursión en los dominios de la intuición y el irracionalismo en los que abunda el nacionalismo. Lo que resulta menos coherente es la voluntad de defender esos aspectos por parte de un filósofo como Nimio de Anquín, quien en el N° 6 (1941) se dedica a analizar el bergsonismo como “anagogía de experiencia”. La elección de Bergson tiene un justificativo, y es la presencia de sus desarrollos en la constitución del fascismo⁵⁹. Comienza, previsiblemente, adhiriendo al enunciado bergsoniano “*il n'y a de réel que l'ordre*” y apoyando el

⁵⁹ Cfr. Horacio González, “Fascismo, acontecimiento, temporalidad: caligramas del siglo XX”, en *El Ojo Mocho* N° 15. Buenos Aires, primavera de 2000 (pp. 36-46).

intuicionismo contra el existencialismo en torno del concepto de "la nada"⁶⁰. Luego desacredita la posibilidad de asociar el bergsonismo a la ontología, para terminar identificándolo con una "mística de la experiencia" (p. 58) arraigada en la intuición que es "una percepción refinada e incommunicable, una especie de ultrasensibilidad" (p. 38).

En verdad, el tema que subyace a este artículo es el de las relaciones entre la razón y la fe, que reaparece en la lectura que dedica M. J. Gómez Forgues a *La filosofía en la Edad Media* de Étienne Gilson (Nº 6), que entiende que el estimulante intelectual "y al mismo tiempo el gran problema de la Edad Media fue el de las relaciones entre la razón y la fe" (p. 203), no menos que en la "Lamentación de la espada" de León Bloy que le antecede, en la cual el desprecio al intelectual que campea en el fascismo⁶¹ -con las excepciones provistas por los servicios que brindaron los poetas Gabriele D'Annunzio y Filippo Tomasso Marinetti a la causa- promueve una visión apocalíptica del siglo XX: "Abusando atrocemente de la Palabra, que han convertido en basura, esos abortados hermafroditas peroran en diarios y asambleas y se embadurnan entre ellos con sus excrementos y su sarna" (p. 179).

Es imposible dejar de oír en la "lamentación de la Espada" los ecos militaristas de la "hora de la Espada" proclamada por Leopoldo Lugones en el "Discurso de Ayacucho" de 1924 -en especial si se atiende a la enunciación de los "verbos de acción" que comprende su alocución y que se conjugan con el grabado de la nota: un ángel persiguiendo con una espada a Adán y Eva y un león alado provisto de una espada, un libro y otros instrumentos de poder-; pero también es evidente la resonancia que alcanza la consagración religiosa del caudillaje franquista en esta composición ("era la mensajera o la acólita del Señor Altísimo [...] el heroísmo occidental me dio precisamente la forma sagrada del instrumento de suplicio que había sido preferido para la Redención", p. 177).

El clima bélico -del que era imposible sustraerse en los años de publicación de *Sol y Luna*- impregna asimismo el comienzo del Nº 7 que

⁶⁰ Es de notar la actualización de las lecturas de Anquín, ya que *El ser y la nada* de Jean-Paul Sartre es de 1940, y está claro que no integra la serie de preferencias intelectuales del filósofo cristiano.

⁶¹ Cfr. Antonio Fernández García y José Luis Rodríguez Giménez, *Fascismo y Neofascismo*. Madrid, Arco/Libros, 1996.

constituye un llamado a la acción⁶², insistiendo en la figura de la espada que repone la guerra santa aun cuando el enfrentamiento mundial se resolvía con armas de fuego. "Ya no es lícito obrar sin afilar la espada para la obra; ni tampoco por pasarnos la vida probando su temple que corramos el riesgo de que preparándonos a vencer, nos llegue la muerte. Sino, lo primero pensar y luego obrar. Pero de prisa" (pp. 7-8).

La selección del pensamiento de Oliveira Salazar, bajo el título de "Los principios y la acción", completa el ambiente dando fuerza al impulso bélico ("Si el Estado se considera, en ciertos aspectos, el detentador de la verdad, su neutralidad es inconcebible", p. 164), alimentando el anticomunismo aunque con algunas variantes *ad libitum* de la teoría marxista ("No aceptamos la 'lucha de las clases productoras' como hecho histórico ni como principio constitutivo de la organización económica y social", p. 167), fomentando la dictadura ("El Poder Ejecutivo, en tanto que responsable de la administración, estará dotado de atribuciones más vastas que las puramente reglamentarias que hoy posee", p. 167), insistiendo en la necesidad de restablecer una jerarquía, operación que propone a través de la negación de la alfabetización liberal ("Estimo que es más urgente constituir vastas 'élites' que enseñar a leer a todo el mundo", p. 169) y proclamando que el gobierno es el depositario de la verdad ("No se puede gobernar en nombre de la duda", p. 164).

En el N° 8 de 1942 el tono belicista alcanza también a los textos supuestamente filosóficos; así, Nimio de Anquín contribuye a la retórica guerrera exponiendo desembozadamente el apoyo al Eje, incluso a través de su miembro oriental, y proclamando este respaldo como una obligación humanista, cuando en realidad es la política antibritánica la que lo inspira y una vocación cristiana que se ve forzada a atenuar ciertos rasgos del protestantismo alemán para preservar el desarrollo del texto:

⁶² La misma convocatoria se alentaba en la elogiosa recepción del N° 1 de la revista *Nueva Política* dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo. Es Espezel en el N° 6 de *Sol y Luna* quien celebra su aparición y se gratifica con la salida de un órgano que prefiere la agitación, como lo habían hecho los grupos surgidos en 1919 (la Liga Patriótica Argentina, comandada por Carlés) y a fines de los '20 (la Legión de Mayo y la Liga Republicana, de 1929). Allí asevera que los redactores de *Nueva Política* atienden "las necesidades de una acción que no puede ser indefinidamente diferida" (p. 245) y se congratula de ver "a nuestro incipiente nacionalismo [...] abandonar la mesa de café por la mesa de trabajo, la que, en definitiva, se encuentra a igual distancia de la calle" (p. 246).

“Stewart Chamberlain no discierne entre los ingleses y los alemanes y comprende a todos en el nombre de *germanos*, la flor de la raza humana [...] El racismo en su esencia brutal es tan alemán como la ley de selección natural o la teoría de la relatividad. Lo que sí es típicamente alemán es su orientación antijudía, mientras que el racismo inglés por ser los ingleses un pueblo de mercaderes ha debido transar con los judíos, aunque manteniendo su aversión radical contra todas las restantes razas del mundo. El aplastamiento de los ingleses en oriente por los japoneses, es una humillación necesaria para la higiene espiritual del hombre” (nota al pie en p. 91).

Sin embargo, los matices frente al nazismo declinan cuando aparece el tema del ‘superhombre’, no directamente sino a través de la inversión de la noción de fuerza que campea en los principios del nacionalsocialismo alemán para promover la entronización de las figuras cristianas de “los mártires, los fuertes por excelencia” (p. 74) en tanto depositarios de la fortaleza espiritual. En el N° 9 (1942), el texto sin firma que a modo de editorial abre el volumen no necesita justificaciones para excluir a Alemania, aunque lamenta los desvíos materiales que sufrió el proyecto imperial en América, lo que de soslayo implica la referencia a los Estados Unidos cuya intervención es creciente y significativa en la guerra mundial:

“El milagro de Europa es el milagro de una constante y renovada donación de sí. Donación de inteligencia con Grecia, donación de orden con Roma, donación de inteligencia y de orden elevados al plano sobrenatural en la Catolicidad medieval. Cuando Europa dejó de ser íntegramente católica, conservó sin embargo su ‘habitus’ misional. Pero entonces su expansión, promovida por exigencias de la materia, fue tarea de mercaderes, no de señores. La factoría fue la meta que sustituyó, allende los mares, a la ciudad patricia e imperial (p. 7).

Frente al rumbo que va adquiriendo el enfrentamiento europeo contemporáneo, *Sol y Luna* prefiere abstraerse del contexto y remitirse a “la empresa de Colón y de Isabel [que] prolonga todavía la línea de las Cruzadas: es la última gran tentativa que la Europa evangelizadora emprende con conciencia de europeidad” (p. 7), extasiándose en la efemérides del hecho al cumplirse el 450° aniversario. Ramos, en “La cultura española y la conquista de América”, entiende que “en tierra de lengua castellana, el día de la raza debe tener la significación de un símbolo de la gloria española” (p. 29).

Haciendo *pendant* con la presentación del número, después de recorrer los motivos previsibles de la conquista como confirmación del imperio español y la descalificación de la "leyenda negra", establece que cualquier prosperidad no católica corresponde al materialismo. Su argumentación pasa por un trazado de diferencias según el cual la América anglosajona "prefiere el cultivo del tabaco antes que el de las letras, el mercantilismo antes que el saber" (p. 40).

Con Ramos reaparece una de las recaídas más severas que sufre la retórica restauradora de *Sol y Luna*: la centralización de la hipérbole. Cualquier abuso y cualquier absurdo se cobijan en ella, de modo que lo malo de España es compartido por otras naciones, mientras lo bueno es exclusivamente suyo y se exalta en el heroísmo y la santidad, variante tipológica de la consigna ideológica que nuclea la espada y la cruz y que se pliega ortodoxamente a los "cinco puntos de diciembre de 1941" de Pío XII. Una resonancia igualmente sacra impregna la defensa que hace Dell'Oro Maini de la partición territorial obrada por el papa Alejandro VI, negando que haya favorecido a España contra Portugal a través de sus bulas y del tratado de Tordesillas. El autor se empeña en borrar la intencionalidad política recuperando la misión apostólica⁶³, cuyo éxito ha privado a la península tanto de la reforma como del anglicanismo ("No conoció nunca el dolor de la herejía ni el tajo del cisma", pp. 65-66).

La sección "Flor de leer" del mismo N° 9 acompaña un fragmento de la obra de Baltasar Porreño sobre el cardenal Ximénez de Cisneros con varios grabados, que exceden la cantidad habitual que incorpora la revista y que insisten en los tópicos más célebres de la conquista: una carabela que lleva

⁶³ "El Regio Vicariato de Indias y su método misional", en *Sol y Luna* N° 9, 1942. Se trata de una presentación leída en el Coloquio de la Asociación Cultural Española del 16 al 20 de noviembre con motivo del festejo del 450° aniversario del descubrimiento de América. También el fragmento inserto en la sección bibliográfica de la obra de León Bloy *Christophe Colon devant les taureaux* apoya los propósitos apostólicos de la conquista: Colón, "terciario de San Francisco, fue ante todo un Apóstol, y exclusivamente apostólicos fueron también sus afanes. Así lo ha comprendido la Iglesia y así debe notificarlo a todos sus hijos. Les dirá también, sin duda, que este Apóstol fue además, un Profeta y un Mártir, y estos hechos serán cantados en las Catedrales" (p. 168).

una cruz como divisa surca un mar rodeado de tierras con nombres latinos y construcciones medievales; luego, los hombres desembarcados se abocan a las tareas de clavar la bandera y recoger el agua, en una zona cuya mitad izquierda exhibe una reciente construcción europea, mientras la mitad derecha muestra ruinas de piedra. Acaso una función que tienen los grabados en la publicación sea la de prescindir de argumentos y lograr la inmediatez de la convicción a través de las convenciones gráficas.

El tema adquiere una inflexión novedosa en el N° 10 de 1943, en la cita que hace Valdecasas de la *Defensa de la hispanidad*, apelando a la religión como justificación espiritual del comercio. Sin vacilar en atribuir al comercio español en América la preservación de “ciertas virtudes características de la hidalguía”, se hace eco de la afirmación de Maeztu según la cual “el principio que anima al comercio español en América es el mismo que constituía la quinta esencia [sic] de nuestro Siglo de Oro: la firme creencia en la posibilidad de salvación de todos los hombres de la tierra” (p. 42). Es, asimismo, un antecedente para la sucesión que promueve la revista de la Edad Media a la contemporaneidad: si el espíritu de las Cruzadas subsiste en el Siglo de Oro - desde la visión optimista que reserva Maeztu a un período en el cual el cuestionamiento al absolutismo religioso y la crisis de la fe al menos se hizo manifiesto, si no fue más notable aún-, no es difícil suponer que ha atravesado todas las épocas de la historia de España y que, por lo mismo, se ha vuelto invulnerable a las amenazas de cismas, herejías, guerras y teorías que confían en el progreso antes que en una verdad inmutable, revelada de una vez y para siempre.

El caudillo nacional: Rosas y el revisionismo histórico

“Evocando a los federales del siglo XIX, los tradicionalistas describían la relación entre Buenos Aires y las provincias desde la óptica de las contradicciones entre el ‘materialismo’ o ‘ideas spencerianas de progreso’, por una parte, y el ‘espíritu’ o la ‘tradición’, por la otra. Mediante esta trama argumental, describían a Buenos Aires como la encarnación del materialismo y a las provincias como la del espiritualismo”.

David Rock, *La Argentina autoritaria*.

“He ahí el espíritu con que ha sido escrita la historia del país por los impostores que vencieron, sedujeron y sobrevivieron para mentir y embrollar engañando a los vivos y a los muertos. Son muchos todavía los hombres de buena fe que se dejan gobernar, en sus juicios y opiniones, como las llamas de los indios, por arabescos retóricos. Pero no somos pocos los que, reaccionando contra el escepticismo corrosivo que destilan las palabras transcriptas, mantenemos viva nuestra fe en la virtud soberana de la verdad y en su triunfo final sobre las supercherías de una literatura cada día menos afortunada en sus tentativas maliciosas. Creemos también en la eficacia de nuestros esfuerzos y no tememos la contradicción que venga del lado de los adversarios, a quienes quisiéramos ver más activos en la defensa de sus historias”.

Roberto de Laferrère, “El nacionalismo de Rosas”.

El revisionismo histórico se inserta en la línea de revelación de la verdad. Sin embargo, presenta una serie de matices locales: en primer lugar, la verdad no es de orden trascendental sino histórico; en segundo término, su reivindicación debe enfrentarse a un falseamiento que, en lugar de ser múltiple como el de las ideologías de la modernidad, ha tenido como únicos protagonistas a los historiadores liberales y como vehículo de manifestación a la historia unitaria que dominó la materia entre mediados del siglo XIX y las

primeras tres décadas del XX⁶⁴. Sobre fines de los '30 se produce la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas", creado entre otros por Palacio y Roberto de Laferrère, ambos antiguos funcionarios del golpe de Uriburu durante las intervenciones a las provincias.

Precisamente es en esos territorios donde arraiga el tradicionalismo, entonando diferentes discursos nostálgicos por la pérdida de una edad dorada que se corresponde con la hegemonía rosista en el país. Casi previsiblemente los escritores más notorios del revisionismo tienen orígenes provincianos: Ibarguren, procedente de la oligarquía salteña, dedicará un análisis a la figura de Rosas, otro a la de su hija Manuelita y un ensayo a la indagación de la revolución de Mayo en relación con las sociedades literarias de la época. Los Irazusta también eran de la provincia, hijos de un caudillo radical de Gualaguaychú. Aunque Rodolfo tuvo una orientación más política, la dedicación de Julio al rastreo de la historia local lo coloca dentro de esta vertiente revisionista. Lo mismo podría decirse -aunque salvando las distancias que van del ensayo explicativo a la biografía de un personaje- de las biografías y las novelas históricas redactadas por Gálvez, destacándose del lado de las primeras el *Yrigoyen* y el *Rosas*, por el otro costado, los relatos *El gaucho de los cerrillos* y *El general Quiroga*, no menos que la trilogía dedicada a la guerra del Paraguay que pone en cuestión un episodio clave de la historia argentina del siglo XIX (y, desde ya, a su jefe indiscutible: el general Bartolomé Mitre).

Pero el revisionismo en *Sol y Luna* no se limita a los aspectos puramente nacionales, sino que se extiende hacia la época de la conquista y la colonización, para defenestrar la "leyenda negra" y afirmar que cualquier ataque a la empresa española es resultado de una lucha de facciones. El brutal reduccionismo corre por cuenta de Rómulo Carbia ya en el N° 2, cuando en "La iglesia en la 'Leyenda Negra' hispano-americana" presenta como la otra cara del revisionismo su afán de exculpabilización del imperialismo. No sólo la justificación liberal de la civilización resulta contradicha, sino que es convocado también el argumento conservador de la religión para sostener las afirmaciones del texto.

⁶⁴ Santiago de Estrada dictamina en el N° 1 de la revista que "la verdadera historia argentina ha de ser estudiada, pues, en función de la historia universal y como una rama de la historia hispánica. De esta manera podrá encontrarse el sentido de este pueblo, su significación en el mundo y el derrotero para una verdadera política nacional que lo saque del marasmo en que está sumido" ("Sobre Historia", p. 131).

La lucha de facciones hace de los holandeses una suerte de criminales editoriales que trastornan el título de la *Brevísima relación sobre la destrucción de las Indias* del padre Bartolomé Las Casas en *Tiranías y crueldades perpetradas por los españoles en las Indias Occidentales* (p. 56)⁶⁵. También el prólogo ingresa en la diatriba, dado que “ofrece todas las características de fina perversidad y avieso fondo que tipificó el *modus operandi* de los hugonotes de las postrimerías del siglo XVI y de principios del siglo siguiente” (p. 59). Definiendo la leyenda negra como “combinado ataque contra España y contra la Iglesia, y, quizá, en algún momento más contra la Iglesia que contra España” (p. 59), convoca a rectificar ese desvío para no sufrir “una descalificación intelectual” (p. 60).

Ciertamente, no son éstos los argumentos que manejan los revisionistas argentinos. No importan los aspectos intelectuales ni los morales, en definitiva, sino que atribuyen las explicaciones liberales a la voluntad de combartir lo nacional aliándose con lo extranjero, de donde extraían los modelos y de cuya civilización permanecían convencidos negando como “retrógrada” cualquier propuesta tradicionalista. De este modo, se vuelve mucho más evidente la intencionalidad política de la operación de los unitarios, en vez de apelar a facciones en pugna que reclaman una explicación por momentos puramente psicológica.

Pero en *Sol y Luna* la militancia tradicionalista suele caer en extremismos que los revisionistas evitan. Por ejemplo, la reposición de ciudades utópicas, al estilo de Moro y Campanella, en el trazado de una alegórica “torre del conocimiento” que provee un instructivo sobre el ingreso y la circulación en su interior (Nº 2), o en la extensión del tópico que provee la unión de la utopía

⁶⁵ Estas observaciones tendrán continuidad en el Nº 5 de *Sol y Luna*, donde Santiago de Estrada ofrece su nostálgica “...Y la casa fue destruida” para buscar una justificación al curso de los hechos: “¡Loado sea Dios que, valiéndose de las fuerzas del mal [los liberales], prefirió la destrucción de nuestra casa paterna antes de verla convertida en albergue y madriguera de los errores que han arruinado a la Cristiandad!” (p. 56). Previamente se despachó contra el “filosofismo y el despotismo ilustrado” como causas de disolución del imperio español, recurriendo a una remanida metáfora organicista sin plantearse su procedencia positivista (“el cuerpo sano del pueblo hispano se dejó arrastrar por las cabezas enfermas del francmasonismo”, p. 47).

y la santidad en la presentación de lo cristiano que elige Marechal para introducir a San Juan de la Cruz (Nº 2). Una utopía que la revista sitúa en la proclamación de la Edad Media como culminación espiritual de la Cristiandad:

“acabada la Edad Media, durante la cual podemos decir que no se hizo nada humano que no tendiese a lo divino, la nueva era parecía obstinarse en distraer al hombre de lo sobrenatural, con el esplendor de lo natural [...] es justamente en este siglo cuando España construye su Imperio [...] cuando España evangeliza un Nuevo Mundo, combate a los herejes en el Norte, doma el orgullo de los infieles en el Mediterráneo y pone en la raíz de todas sus empresas un móvil sobrenatural” (pp. 86-87).

Lo mismo sentía Lugones con respecto a la colonia en su provincia natal, Córdoba⁶⁶, como lo ha asentado en sus libros, y en especial en la inconclusa biografía de Roca que comenta Máximo Etchecopar en el Nº 2, a apenas un año del suicidio del poeta. Allí se detiene en los capítulos I y II -“Los constructores” y “El hogar hidalgo”- por cuanto ese segmento, “al exaltar el valor heroico de la conquista española, muestra cómo su espíritu -naturalmente latino y sobrenaturalmente cristiano- se encarna y da su fruto adecuado en la sociedad colonial. y cómo, por ese mismo acto y para siempre, márcase el sentido de nuestro vivir histórico” (p. 165). Datos que Etchecopar distingue más aun por tratarse de un autor que, como señalara Maeztu, era “poco afecto a la retórica hispanófila” (p. 166).

Son los preliminares de la verdadera justificación del nacionalismo que aparece en la bibliográfica de Enrique Pearson al libro de Hipólito J. Paz *La organización del estado argentino en el Dogma Socialista de la Asociación de Mayo* (Nº 2). El hecho de que ya se haya fundado el Instituto Rosas lo lleva a Pearson a destacar la existencia “de una corriente de revisionismo histórico” entendida como la única actitud posible “en una generación que siente hambre

⁶⁶ Un desarrollo propicio del tema lo ofrece Julio Irazusta en *Genio y figura de Leopoldo Lugones* (Buenos Aires, Eudeba, 1966), ya que se conjugan allí el tradicionalismo reaccionario lugoniano y el revisionismo federalista del entrerriano. En *Sol y Luna* hay otra presencia de la cuestión, en la serie de fotografías de los monumentos religiosos de la Córdoba colonial, en el Nº 7. La introducción que escribe Etchecopar apela a la “contemplativa raza espiritual” de “los que saben mirar” (pp. 113-114).

de verdad y de justicia, después de un siglo de inauditas mistificaciones” (p. 172). La oposición que encuentra en el libro a la historia liberal dominante no parece ser obstáculo para incluir en el cierre de la reseña una nota sobre el premio que recibió el ensayo por parte de la Institución Mitre.

La heterogeneidad de la sección “Flor de leer” -que dedica tanto interés a la aparición de *Nueva Política* como a la demolición de un ensayo antropológico de Ruth Benedict (que ridiculiza en bloque a cualquier teoría antropológica sin arraigo religioso) o a la publicación del Cancionero de Uppsala que representa para la revista un hito de la cultura medieval- reúne el texto de Pearson con la exaltación que ejerce Pico de los *Tres ensayos españoles* de Anzoátegui, donde a la paradoja del barroquismo de un nacionalista que colabora en una publicación medievalista se añade la justificación del arraigo irracionalista de Anzoátegui en su cultivo de la poesía, no sin parentesco con ciertas tendencias del vanguardismo de los años '20⁶⁷:

“He aquí lo que no han visto quienes con fácil e inexacta asimilación, hablan de una influencia chestertoniana en el humorismo de Anzoátegui. El humorismo de Chesterton procede del buen sentido, es decir, de la razón; la poesía, aunque lo acompañe, le es generalmente extrínseca. El humorismo de Anzoátegui dimana de una ‘visión’ poética y, como tal, es ajena al raciocinio; anda frizando la ‘greguería’ y se acerca a la ‘boutade’” (p. 179).

Lógicamente, y habiendo ya visitado el fundamentalismo de Pico a lo largo de su colaboración en *Sol y Luna* y a través de la carta que le escribió a

⁶⁷ Parece una excepción esta concesión al “arte moderno”, ya que la orientación estética tomista-orteguiana (si es posible tal descalabro) impide comprender lo que no se comparte, reduciéndolo inmediatamente a objeto de acusación. Un ejemplo puede encontrarse en “Lo eterno y lo temporal en el arte”, donde el cura Derisi acusa de ‘snobismo’ -a la vez que de desfiguración- al arte no figurativo (“una desfiguración *snobista*, de ciertos artistas modernos, quienes pareciera, ponen en la deformación en sí, la esencia del arte”, p. 120). Etchecopar, en “Crisis de la obra de arte” (Nº 9), acaso por laico más orteguiano que tomista, concluye que el énfasis técnico del arte moderno muestra “la desesperada conciencia de su limitación, de su heroico aislamiento” (p. 62). Lo que resulta incomprensible en su artículo es la afirmación de que el siglo XIX es “el siglo en que el estilo muere” (p. 59).

Maritain⁶⁸, el comentario no esquiva las intromisiones militantes y se cierra con la descalificación de cualquier oponente (extrañamente, es la única vez que aparece Freud en la revista, acusado de resentido⁶⁹ por “sus babosos conatos de explicar lo santo y lo sublime apelando a la concupiscencia y al instinto”, p. 180), esgrimiendo la “verdad” irrefutable de la religión. En realidad, lo que Pico hace aquí lo hará todo el plantel de la revista en los sucesivos números: porque está claro que *Sol y Luna* no debate sino que vitupera; no ignora sino que descalifica, optando por las fórmulas de la militancia en vez de limitarse a las de la adhesión.

Sobre esa opción aclara el texto de apertura del N° 3 que “la nuestra no es una ‘hispanofilia’ sino una ‘hispanofiliación’” (p. 8), que se vuelve más vehemente con el fin de la guerra civil y la promesa de restauración española (preferida, como concepto, al “renacimiento”, cuya carga semántica es más errática), subrayando las inquietudes espirituales de un grupo que confía en la “redención” de la tradición hispana. Las amenazas, como lo advierte Ramos en sus “Notas sobre educación” (N° 3), proceden del socialismo y el comunismo que se resisten a la religión y a la “interpretación espiritual de lo pasado”, no menos que del liberalismo que tiene una conducta similar (p. 45).

La militancia revisionista, como se advierte, comienza en la sección de las reseñas, para luego ir ingresando plenamente en el cuerpo principal de la revista, como ocurrirá con la interpretación del *Martín Fierro* por Roberto de Laferrère en el N° 6. El antecedente directo para esa inclusión es la presencia

⁶⁸ Ciertamente, no estuvo solo en esa disputa con el filósofo francés. Tan enfrentado a él, pero acaso más virulento, se mostró el cura Meinvielle, desacreditando el rechazo de Maritain a la guerra santa: “Ni comunismo, ni fascismo, sino cristianismo. Y no será una creación utópica forjada en el cerebro de un filósofo, sino una renovación, una Restauración de los valores eternos que viven en el alma española, que así como ha podido renovar la gesta de Guzmán el Bueno, sabrá también renovar su grandiosa tradición social y cultural de los Siglos Grandes” (*Criterio* N° 494, 1937).

⁶⁹ La misma descalificación se reserva a las derivaciones de Freud aplicadas a la teoría y la crítica literarias medio siglo más tarde y en el contexto norteamericano, como lo verifican las múltiples referencias a la “escuela del resentimiento” en *El Canon Occidental* de Harold Bloom (Barcelona, Anagrama, 1995).

de *El humus y el vapor. Ensayo sobre economía porteña*⁷⁰ de Héctor Sáenz y Quesada en el N° 4⁷¹. Invirtiendo las confianzas del proyecto liberal, advierte que “el extranjero no ha sido el taumaturgo de la riqueza argentina -sino la mosca que vino a la miel”, y que merece el despectivo colectivo de “el gringaje” (p. 75), en lo que será apenas un anticipo de la discriminación brutal -de arraigo maurrasiano-que encierra el final del texto: “Si es que el meteco constituye una bendición...” (p. 80).

Todavía en el plano de las bibliográficas se mantiene un texto fundamental para el revisionismo: *El federalismo argentino* de Ricardo Zorraquín Becú, en la lectura que le dedica Marcelo Sánchez Sorondo (N° 4). Ciertas reminiscencias marechalianas le permiten ensayar una ironía inicial: “Ascenso y descenso del federalismo pudo haberlo llamado su autor, si para su desventura hubiese adolecido de veleidad literaria” (p. 202). La oposición entre unitarismo y federalismo no sale del maniqueísmo, y una disyuntiva tan tajante necesariamente tiene que recalar en el empeño nacionalista por atribuirse la verdad, clausurando cualquier debate. Eso no implica la adhesión al federalismo como ideología, cuyas limitaciones no vacila en marcar Sánchez Sorondo, como si se tratara de una suerte de equivalente plebeyo de lo que en un contexto aristocrático podría derivar en imperio:

“La doctrina federal es irreparable y sobre todo es irreparablemente protestante, liberal con todas sus pesas y contrapesas. Carece de cuño y de tradición romanos, de limpieza jurídica. El federalismo no será nunca más que un sucedáneo de la autonomía foral que reparaba la idea terruñesca del país, la singularidad regional, en la catolicidad de la idea de imperio” (pp. 206-207).

⁷⁰ La economía constituye el fundamento de los argumentos más convincentes del nacionalismo revisionista para exaltar la figura de Rosas. Con esta orientación redacta R. de Laferrère “El nacionalismo de Rosas”, aunque el predominio de los factores económicos no le impide advertir la maraña política en torno del bloqueo a la Argentina, e incluso acusar a Varela de informante de los gobiernos extranjeros en el Río de la Plata.

⁷¹ En el N° 6, el mismo autor volverá al ejercicio revisionista, relativizando en la ocasión la opinión de Azara sobre la igualdad de los habitantes rioplatenses: tras adjudicarle, por afrancesado, el mote de “francmasón”, atribuye su observación al “entusiasmo de un hijo del siglo de las luces” (“La realidad democrática en la Argentina”, p. 134).

También al iniciarse el N° 5 de *Sol y Luna* se instala el combate entre los que están en lo cierto y los que permanecen en el error -en alguno de los errores que integran la extensa nómina del *Syllabus*-; aunque entendiendo que el error es voluntario, el enfrentamiento se resuelve entre los honestos y los que tienen mala fe ("hemos pretendido oponer a errores y utopías, un poco de buen sentido, y a maldades y vilezas, un algo menos de nuestro desprecio", p. 6⁷²). Son estos últimos los que han levantado las acusaciones en torno del financiamiento de la revista: por eso *Sol y Luna* les devuelve el gesto englobándolos en "la prensa que del escándalo se nutre" (p. 6), sin que eso evite la declinación de los avisadores oficiales hasta la desaparición de la publicación. La apelación a la *intelligentzia* mediante el recitado de la ortodoxia no parece haber sido eficaz: "Hemos luchado para que los valores de Jerarquía -que es ordenamiento-, de Justicia -que es virtud de gobierno-, de Autoridad -que es garantía-, fueran estimados por las inteligencias" (p. 5).

El marxismo está mucho menos presente como enemigo que el liberalismo⁷³. En parte, porque el desconocimiento es mayor, en parte por la

⁷² El conflicto permite el abundamiento en uno de los tópicos de este nacionalismo católico, el de la convicción ideológica explicitada como cuestión de fe: "Ante ataques como éste, la gente de honor reacciona confirmándose en la fe con que nació a su empresa" (p. 7). Ése parece ser el punto vital: los redactores de *Sol y Luna* siempre están del lado de la reacción.

⁷³ La bibliografía de Espezel sobre *Historia económica y social de la Edad Media* de Henri Pirenne admite que antes de Marx la relación entre historia y economía no pasaba por la "subordinación" -ése es el lenguaje jerárquico que emplea para definir las relaciones entre superestructura y estructura. Aunque desconfía de que esta afirmación encuentre comprobación en la realidad, en oposición a la historiografía marxista: "Marx creaba un mito político y no un método histórico, más tarde vinieron los historiadores políticos y barajaron los dos mazos sin culpa del progenitor" (p. 209). En "El concepto de riqueza y la propiedad" (N° 7), Gino Arias invierte la relación marxista entre estructura y superestructura, desconfiando de que esa conceptualización permita abordar "la *sociedad en concreto*" (p. 87). Una breve biografía del filósofo italiano que acababa de fallecer aclara que entre su obra de reacción está la creación de la Asociación Nacional de Renovación, que luchó en Italia contra el "comunismo disolvente" que avanzaba en forma de "peligro bolchevique". Su defensa del régimen corporativo comportaba la fe en la "natural apetencia de las cosas vivas a ordenarse y disponerse de una determinada manera"

contingencia de su propuesta (su historicismo) frente al trascendentalismo religioso, en parte porque el terror que provoca es superlativo -como promotor de la "ola roja" española y de la expansión del "bolchevismo" a nivel mundial-, en parte porque su teoría de "lucha de clases" puede ser tergiversada por la revista, ya que el lector virtual de la misma no demandaría explicaciones al respecto. El combate más explícito es el que le depara Sepich en "El problema fundamental de la cultura" (Nº 5), desacreditando las tendencias igualitarias y desconfiando de la "evolución" histórica:

"La mera homogeneidad numérica aplicada a la función cultural, sólo para allanar las diferencias, es un temible elemento *retardatorio* de la cultura; y más que un crecimiento de lo bajo, es una decapitación de lo alto" (p. 96)⁷⁴.

Es legítimo preguntarse qué significa el término "retardatorio" en un discurso que no cesa de proclamar su desconfianza y su incredulidad en el progreso, más aun cuando llega a la definición según la cual "el verdadero progreso humano consiste en que cada pueblo no se deje suplantar" de modo que pueda proseguir incólume "la escala de los valores culturales" (p. 100). La gradación jerárquica se traduce en este artículo en la voluntad "científica" y la pretensión "filosófica" de establecer taxonomías que, pese a la abjuración del marxismo, admiten "una cierta dialéctica histórica" (p. 99).

La posibilidad de encontrar equivalentes europeos al revisionismo local encuentra un punto de apoyo en uno de los fragmentos que adelanta Belloc de su libro *Carlos II*. Allí, al tiempo que advierte sobre el destino de Europa en

(p. 81). En el Nº 8, Thierry Meaulnier expone en "El hecho de la lucha de clases" un tema caro a los nacionalistas de *Sol y Luna*: la paridad entre marxismo y nazismo como totalitarismos de izquierda y de derecha respectivamente, descalificándolos como "dos formas igualmente absurdas del fetichismo político". También descarta por inoperantes tanto el revolucionarismo como el conservadurismo: el primero por pretender erradicar la lucha de clases, el otro por negarla; ninguna de ambas posturas conducen a la solución.

⁷⁴ Los aforismos de Teodoro Haecker reproducidos unas páginas más adelante insisten en este tema; especialmente el que advierte que "la actual decadencia es totalmente característica del 'poder'. La decadencia del orden eterno y jerárquico consiste en dejar que lo bajo se enseñoree de lo alto" (p. 195).

América (especialmente de la Europa insular en la América del Norte que se excede en el materialismo), matiza la independencia religiosa de Inglaterra defendiendo el carácter nacional de una de sus tendencias, *Church of England*: nacional por romper con el resto de Europa, nacional por efectuar un reparto de tierras propio, nacional en su liturgia y nacional en su organización. Como también fue nacional la tentativa mexicana de establecer la religión católica, valiéndose de la Virgen de Guadalupe como símbolo. Así lo expone en el N° 5 un fragmento del libro de Luis Lasso de la Vega -impreso en México en 1649- sobre la aparición de la figura⁷⁵.

Expandiéndose hacia Latinoamérica -que raramente es objeto de atención de *Sol y Luna* como entidad política-, el revisionismo nacionalista arremete contra los movimientos liberales y no vacila en establecer identificaciones abusivas. Es lo que hace José M. de Estrada al comentar el *Breviario imperial* de Cuadra. El movimiento político fundado en Perú por Víctor Haya de la Torre recibe la condena del nicaragüense -y la consiguiente adhesión del argentino al rechazo-, quien comprende que en esa tentativa radica uno de los declives de la historia:

“El indigenismo, o aprismo como lo llaman en el Perú, es una consecuencia de esa caída vertical [del hombre hacia las cosas “inferiores”]. Responde a aquella tendencia hacia la barbarie que hay en todo hombre. El indigenismo convierte en ideología una tentación; da apariencias formales a una disminución de la realidad humana; subvierte los órdenes entronizando a la bestia. Por eso no debe sorprendernos que el órgano oficial de los indigenistas brasileños se llame *Antropofagia*. El indigenismo abjura de la civilización cristiana, de la verdadera cultura, de aquella que viene del oriente, de Judá y de Grecia y Roma” (p. 241).

Pero donde el revisionismo alcanza la dimensión que tienen las grandes obras de Ibarguren, Irazusta o Palacio es en el texto de Laferrère sobre el *Martín Fierro*, que se abre con un grabado de Héctor Basaldúa y se cierra con el lugar común del “color local” en la paisanita con trenzas que lleva un mate en la mano. La defensa que encara Laferrère del *Martín Fierro* es el modo que elige

⁷⁵ Si bien se trata de una forma novelada de abordar la cuestión, es recomendable la consulta del libro de Reynaldo Arenas *El mundo alucinante*, donde plantea los conflictos que suscitó la negación de Fray Servando Teresa de Mier de los milagros de la Virgen de Guadalupe.

para resistir a la versión liberal de la historia argentina, reivindicando al "hijo de la pampa" contra el extranjero que mira hacia el puerto y evita el paisaje y los tipos del interior. Una genealogía pretendidamente prestigiosa instala la lectura del poema como texto de denuncia. La palabra gaucho, usada como insulto por los unitarios,

"en la realidad, sin embargo, designaba al descendiente de los conquistadores, al guerrero de la independencia, al soldado de las fronteras que, en sus luchas contra el salvaje, prolongaba la Conquista incorporando nuevas tierras a la nación. Era todavía el conquistador de América, que no había concluido su empresa de siglos.

"Contra aquella ingratitud y aquella injusticia se levanta la voz de José Hernández" (p. 74).

Ya aparecen algunos de los temas que retomará el nacionalismo popular en los libros de Juan José Hernández Arregui, como es el del "ser nacional", si bien existen superposiciones también con ciertos elementos de la interpretación liberal del poema como la que desarrolla Ezequiel Martínez Estrada en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948). Laferrère encuentra el falseamiento unitario en la atribución al gaucho de la anarquía y la ausencia de progreso, al tiempo que explica cómo la política que luego se plasmaría en los libros de la historia oficial oprimió al tipo nacional empecinándose en una dicotomía que se condensa en la fórmula sarmientina de "civilización y barbarie":

"En la época de Martín Fierro, la política inmigratoria de Rivadavia, cuyo nuevo plan trazara Alberdi en las Bases, era todo el programa de gobierno de los vencedores de Caseros. Traducía siempre el odio a lo español y a lo argentino tal como era, al hombre de la realidad nacional. No ahorrar sangre de gauchos fue el lema de Sarmiento y de Mitre [...] Los habitantes de las pampas y los llanos [...] levantábanse siempre detrás de sus caudillos, como nuevas reencarnaciones de la resistencia nacional. Una batalla perdida podía significar hasta la vuelta de Don Juan Manuel" (pp. 72-73).

Y efectivamente don Juan Manuel retorna. Como en el caso del primer Borges, fascinado por las "varias generaciones de argentinos" que lo antecedieron y en las que militaron los guerreros de la independencia, a la vez que seducido por la omnipotencia -como la del as de espadas- del caudillo, aquí vuelve convocado por el poema, asistido por el culto barresiano a los muertos cuyo eventual sacerdote es Anzoátegui:

"Su estilo de hombre criado en el estilo nuestro"

"Ya tenía su estilo militar y gozoso de los hombres que saben lo que es morir de frente.

Cuando la patria pide que se muera por un valor cualquiera o por una bandera aparentemente intrascendente.

Por un valor cualquiera, como el capricho de tener una patria más o menos temida

Y de ofrecer la vida por la bandera, sencillamente, como se ofrece la mano en la despedida;

ya la tierra tenía su clamor acordado

y el presente pisaba sobre la misma tierra de sangre del pasado,

sobre la misma sangre que ganó en la frontera

título de conquistadora y obligación de misionera.

La sangre era la sangre y era el ¡alto quién vive! de la patria y tenía

la desvelada claridad del mando y el puro señorío que era orgullo y aliento de la tierra bravía" ("Poema de Don Juan Manuel de Rosas", N° 7).

El revisionismo restaura la figura de Rosas, la revigoriga y la convierte en modelo para combatir al imperialismo, que ya no presenta su amenaza bajo la forma del bloque anglofrancés, sino a través del "fetiche constitucional americano" denunciado por Carlos Pereyra en el libro homónimo del que se hace eco Espezel en el N° 7. En el recuento que formula Pereyra, Estados Unidos es beneficiario de la afección hispanoamericana a través de instrumentos como "el Fetichismo constitucional, que le permite presentarse como la nación políticamente más perfecta del mundo", el "Mito de Monroe" y "el Panamericanismo"; estos últimos han "explotado la pretensión de una virtud americana en un mundo virgen, contra un viejo mundo belicoso, destructor de la libertad" (p. 179)⁷⁶.

⁷⁶ No hay solamente lucidez sobre el papel que va adquiriendo Estados Unidos en el mundo en esos años de la segunda guerra, sino también un prejuicio hispanófilo que no puede olvidar la derrota infligida por Norteamérica a España en el conflicto de 1898 que culmina con la pérdida de Cuba y Filipinas, últimas colonias americanas de la península. Los escritores que asistieron a esa defunción del imperio español son justamente los que orientan las lecturas de *Sol y Luna* y, de modo más amplio, del nacionalismo argentino: Unamuno, Maeztu, Azorín, Pío Baroja.

En el N° 8. el modelo se desplaza del caudillo federal al diputado católico. Porque en "Mi abuelo Estrada", Santiago de Estrada reconoce que su antecesor vio que, tras la muerte de Rosas, "la tiranía fue el cuco con que se pretendió adormecer la conciencia nacional" (p. 17). Atribuyendo a la herencia los sentimientos hispánicos y diseñando un *Syllabus* nacional para combatir la fascinación despertada por los orígenes del liberalismo ("¡se precisaba tener la asistencia especial del Espíritu Santo, como Pío IX, o poseer las dotes de un Joseph de Maistre, de un Donoso Cortés o de José Manuel Estrada, para no dejarse cautivar!", p. 40), Estrada no vacila en tergiversar ciertas convicciones metodológicas en el furor del partidismo, remitiendo a "lo que sucede en estos días", los conflictos del catolicismo a fines del siglo XIX:

"los aliadófilos dicen que el Kaiser es el Anticristo, que la causa de la Triple Entente es la causa de Dios, y mil pamplinas por el estilo... Pues eso se llama juzgar de lo absoluto con el criterio de lo concreto o, si prefieres, emporcar a Dios con el mundo. En cambio, si tú dijeres que la cabalgata de las fuerzas alemanas sobre el suelo francés, es el anuncio de que ha empezado el castigo del liberalismo, de que comenzamos a ver en este mundo la proyección temporal de la terrible sentencia pronunciada en el juicio universal... entonces, sí, juzgarías de lo concreto con el criterio de lo absoluto, elevarías las cosas del mundo al trono de Dios" (pp. 18-19).

Sin embargo, el revisionismo no se resuelve únicamente en una reconfiguración de la historia nacional, sino también en un proyecto de futuro-dimensión que aparece bastante velada en *Sol y Luna*, opacada por la imaginaria restauradora, y casi reducida al N° 10 en que la revista se clausura. Ese proyecto nunca se enuncia claramente -como si le resultara más apropiada la entonación activista de los pequeños grupos políticos de agitadores en que se cultivó-, aunque se la puede reconstruir en función de textos de autores filiados con *Sol y Luna* que se incluyen en el volumen final. Por un lado, "La compra de la república" de Giovanni Papini (GOG), que produce un traslado de las utopías medievales a la patología republicana fomentada por un "agente americano". Por el otro, *La Ville* de Paul Claudel, drama prologado por Castellani y sobre el cual es posible trazar un parangón con la farsa política de Gálvez *Calibán*, publicada en ese mismo año 1943 en que acaba la finaliza y en que se produce el golpe del GOU reproducido en la obra.

Unos extractos del tercer acto de *La Ville* sintetizan el programa restaurador de *Sol y Luna*, que encontrará una limitada continuidad en el

revisiónismo ya anunciado en la revista y que dará sus mejores producciones de allí en adelante. El drama repone, simultáneamente, el drama mayor de la historia mundial, esa guerra que se resolvería de manera desfavorable para quienes habían propiciado el falangismo, defendido a Franco, soñado con Mussolini, creído en la fortaleza que podría proveer el nazismo para luchar contra la "ola roja", apoyado las evidencias inapelables de "las cosas" y los dogmas inalterables de la Iglesia, confiado en las virtudes populares de los caudillos y en la superioridad jerárquica de la aristocracia, reclamado el orden y propiciado la reacción permanente:

"En lugar de la muchedumbre, he aquí la paz".

"La Multitud no tiene el Fin en sí; su *dicha*

no es el Fin que se ha de alcanzar,

sino la condición del ejercicio sano de su función subordinada.

El orden está en el sacrificio.

Es preciso que el sacrificio nos parezca bello.

Quiero ser un conductor de hombres y no un pastor de animales que pacen".

"El príncipe no es el principio.

Ninguna persona humana, ninguna cosa causada

encierra en ella la virtud de un fin último.

Y si ningún hombre la posee, ¿cómo la suma de los hombres podría reclamar ese título

no siendo ella misma más que un medio?

Pero a esta altura se detiene la inquisición de mi espíritu. Dudo".

"Toda ruptura de un equilibrio ha tenido una causa y mientras

no se estabilice,

reclama un restablecimiento".

"también el organismo social absorbe, digiere y elimina.

¿Y qué es el Rey, la cosa sagrada que es entre todos los hombres el Rey sino el corazón plantado en medio de las vísceras?" (pp. 136-157).

APÉNDICE

Índices de los 10 números de la revista

Sol y Luna Nº 1

Buenos Aires, 1938.

Directores: Mario Amadeo y Juan Carlos Goyeneche.

Secretario de Redacción: José María de Estrada.

Redacción: Pueyrredón 1777.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 54730

SUMARIO

“El tomismo y la filosofía contemporánea” (Reginaldo Garrigou-Lagrange, O.P.) – “Mundo” (José M. de Estrada) – “Gertrude von Lefort, Poeta de Roma” (Mario Amadeo) – “Coplas” (Rafael Jijena Sánchez) – “Eugenio Montes” (Juan Carlos Goyeneche) – “De Granada a Rocroy” (E. Montes) – “Chesterton novelista” (Ignacio B. Anzoátegui) – “Dialéctica del Imperio” (Marcelo Sánchez Sorondo) – “El Poeta y la República de Platón” (Leopoldo Marechal) – “La calle Mozart” (dibujo de Héctor Balsaldúa) – “Sobre Historia” (Santiago de Estrada).

Flor de leer: *Lepanto*, por Chesterton (traducción de Jorge Luis Borges) – *Carta de Dante al Can Grande de la Scala* (traducción de Santiago de Estrada) – *Danza de la Muerte* (anónimo).

Bibliografía: *Diálogo existencial*, por Carlos Alberto Erro (Juan Ramón Sepich) – *Isabel de España*, por William Thomas Walsh (Samuel Medrano) – Carta a Eduardo Mallea (Leopoldo Marechal) – *Situation de la poesie* par Jacques et Raïssa Maritain (Juan R. Sepich).

Sol y Luna Nº 2

Buenos Aires, 1939.

Directores: Ignacio B. Anzoátegui y Juan Carlos Goyeneche.

Secretario de Redacción: José María de Estrada.

Anuncios generales: Banco de la Nación Argentina – Ministerio del Interior. Territorios Nacionales – Pascual Hermanos. Casa bancaria. Cambios (San Martín 260) – Garbesi y Cia. Fabricantes de sombreros de calidad (Peña 2627/

2647) – El coloso, para deportistas – Banco Español del Río de la Plata Ltda. (Casa matriz: Reconquista 200) – Cigarrillo habano Condal – Cerveza Palermo – Remates de libros del Banco Municipal (Esmeralda 660) – YPF en el día de la patria (con poesía de Enrique Larreta y dibujo de Alejandro Sirio) – Banco Hipotecario Nacional (25 de Mayo 245) – La Anglo Argentina Compañía de Seguros (San Martín 483) – Villavicencio.

Libros: Publicaciones de la Editorial Gladium (Av. Roque Sáenz Peña 501) – Ediciones Sol y Luna.

Revistas: *Mediodía*. Cuadernos de Poesía Española. Sevilla (Director: Eduardo Lloset y Marañón) – *Imperio. Fe y obras*. Roma (Director: Nino Serventi) – *Jerarquía*. La revista negra de la Falange. Pamplona.

SUMARIO

Fides intrepida – “La restauración aristotélico-tomista de la ciencia económica” (Gino Arias) – “El emperador vuelve del destierro” (I. B. Anzoátegui) – “Absurdos del especialismo” (César E. Pico) – “Cinco sonetos” (Mario Carbajal) – “La Iglesia en la ‘leyenda negra’ hispano-americana” (Rómulo D. Carbia) – “Poemas donde la tarde es un pájaro” (Ricardo E. Molinari) – “Notas sobre historia de filosofía, fenomenología y filosofía” (Juan R. Sepich) – “Romance del señor San Ignacio” (Alberto Franco) – “San Juan de la Cruz” (L. Marechal) – *Pastor Angelicus* (Julio Meinvielle).

Flor de leer: Vida de San Alejo (traducción y nota de Ángel Battistessa) – *Acerca de la leyenda*, por Hilaire Belloc (traducción de Cosme Beccar Varela) – “Desesperaciones de amor que hizo un penado galán” (anónimo del siglo XVI).

Libros: Por Máximo Etchecopar, I. Anzoátegui, Marcelo Sánchez Sorondo, Enrique Pearson, José María de Estrada, Carlos A. Bertachini, César E. Pico y Juan R. Sepich.

Sol y Luna Nº 3

Buenos Aires, 1939

(Misma configuración del Nº 2)

Anuncios generales: Ministerio del Interior (El trabajo a domicilio) – Cigarrillo habano Condal – El coloso – Banco Español del Río de la Plata Ltda. – Cerveza Palermo – La Anglo Argentina Comp. de Seguros – Remates de libros del

Banco Municipal – Lubricantes YPF – Receptores Phillips – Villavicencio – Pascual Hermanos.
 Libros: Ediciones Gladium – Ediciones Sol y Luna.
 Revistas: *Imperio* (Roma) – *Lecturas*. Revista crítica de ideas y libros (Director: Jesús Guisa y Azevedo).

SUMARIO

“El hombre español” (Juan J. López Ibor) -- “Virgen” (dibujo de Guillermo Buitrago) – “A la pura y limpia concepción de María” (Adriano del Valle) – “Notas sobre educación” (Juan P. Ramos) – “Butil de Vida y Muerte” (Eduardo Lloset y Marañón) – “Totalitarismo” (César E. Pico) – “Canción de la niña única” (José M. Castiñeira de Dios) – “Racine y el misterio poético” (Maurice Kehrig-Decoud) – Presagio y Telegrama de muerte de Ignacio Sánchez Mejías” (Rafael Duyos) – “La tradición hispanoamericana en nuestra emancipación política” (Federico Ibarguren) – 2 de agosto de 1914 (Pío X) – 14 de septiembre de 1939 (Pío XII) – Catorce dibujos de la exposición de pintura francesa.
Flor de leer: *El Huésped*, de Charles Péguy – De Francisco de Quevedo – De la Crónica de Pero Niño.

Libros: Por Juan Carlos Goyeneche, Héctor Augusto Llambías, Juan Ignacio Pearson, Alberto Espezel Berro, Santiago de Estrada y José María de Estrada.

Sol y Luna N° 4

Buenos Aires, 1940

(Misma configuración del N° 2)

Anuncios generales: Banco de la Nación Argentina – Ministerio del Interior (El trabajo a domicilio) – Cigarrillo habano Condal – El coloso – Banco Español del Río de la Plata Ltda. – Cerveza Palermo – La Anglo Argentina – Villavicencio – Mitchell’s English Bookstore – Pascual Hermanos – Lubricantes YPF – Banco Municipal – Huemul. En la mejor calle y para el mejor público (Zavalía & Frías, Santa Fe 1718) – Caja Nacional de Ahorro Postal – Banco Hipotecario Nacional.

Libros: Ediciones Gladium – Ediciones de los Cursos de Cultura Católica – Ediciones Sol y Luna.

Revistas: *Imperio*. Roma (Director: Héctor Bernardo. Compiladores: Delfín Escola y Felipe Sánchez Villaseñor) - *Lectura*. Revista crítica de ideas y libros. México, D.F.

SUMARIO

"Dante Humanista Medioeval" (Gerald G. Walsh, S.J.) – "La otra música" (Lisardo Zia) – "La clase media y la virtud de prudencia en Aristóteles" (Nimio de Anquín) – "Triunfo" (Manuel Diez Crespo) – Dibujo de Hilaire Belloc – "Eneas" (José M. de Estrada) – "El Humus y el Vapor" (H. Sáenz y Quesada) – "Correspondencia" (José María Pemán) – "Romances del Mar de España" (Rafael Laffón) – "La noción de cultura en la filosofía contemporánea y en la filosofía tomista" (Octavio Nicolás Derisi) – "Xilografías de Juan Antonio" (Máximo Etchecopar) – Tapices.

Flor de leer: *Himno de San Benito* (Paul Claudel) – *Vida y Hazañas del Gran Tomorlán*.

Libros: Por I. Anzoátegui, Alejandro Ruiz Guiñazú, J.L. Gómez Tello, Alberto Espezel, Cosme Beccar Varela, Gastón Terán Etchecopar, Marcelo Sánchez Sorondo.

Sol y Luna Nº 5

Buenos Aires, 1940

Director: Juan Carlos Goyeneche.

Secretario de Redacción: José María de Estrada.

Anuncios generales: Banco de la Nación Argentina – Cigarrillo habano Condal – Motormóvil YPF – Cerveza Palermo – Villavicencio – Banco Español – Mitchell's English Bookstore – Pascual Hermanos – Huemul – Caja Popular de Ahorros de la provincia de Buenos Aires – Caja Nacional de Ahorro Postal – Banco Hipotecario Nacional.

Libros: Editorial Gladium – Ediciones Sol y Luna.

Revistas: *Nueva Política*. Revista mensual (Esmeralda 1385). Redactores: Héctor Bernardo, Alberto Ezcurra Medrano, Federico Ibarguren, Bruno Jacovella, Héctor A. Llambías, Héctor Sánchez Sorondo, Juan Carlos Villagra – *Lectura*. Revista crítica de ideas y libros. México, D.F.

SUMARIO

"La Loba y el Cordero" (Pablo Antonio Cuadra) – Dibujo (Ballester Peña) – "El ciervo herido" (L. Marechal) – "...y la casa fue destruida" (S. de Estrada) – "Tres sonetos" (José M. Castiñeira de Dios) – "El problema fundamental de la cultura" (Juan R. Sepich) – Dibujo (Jean Charlot) – "El Almirante" (I.

Anzoátegui) – “Tres miradas a la historia” (A. Carlos Marfany) – “Oración de guerra” – “La tarea” (Hilaire Belloc).

Flor de leer: *Canto Pastoral* (George Meason Whicker. Traducción de Aurelio Espinoza Polit, S.I., nota de Juan Carlos Goyeneche) – *El Gran Acontecimiento* (Historia de la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe) – *Aforismos* (Teodoro Haecker. Traducción y nota de Juan R. Sepich).

Libros: Por E.J. Mac Donagh, O.N. Derisi, J.M. de Estrada, J.R. Sepich, A. Espezel, Samuel W. Medrano.

Sol y Luna Nº 6

Buenos Aires, 1941

(Misma configuración que el Nº 5)

Anuncios generales: Kerosene YPF – Ministerio de Agricultura (Diagonal Roque Sáenz Peña 777) – Cigarrillo habano Condal – Banco Español – Cerveza Palermo – Caja Nacional de Ahorro Postal – Pascual Hermanos – Banco Hipotecario Nacional – 43 Calidad Superior.

Revistas: *Nueva Política*. Revista mensual – *El Restaurador*. Semanario de actualidad (Directores: Francisco Prado y Alfredo Tarruella. Dirección y administración: Avenida de Mayo 749).

SUMARIO

“El Bergsonismo, anagogía de la experiencia” (Nimio de Anquín) – “Salmo” (Pedro Pérez Clotet) – Martín Fierro (dibujo de Héctor Basaldúa) – “A propósito de *Martín Fierro*” (Roberto de Laferrère) – “Los pobres” (J.M. de Estrada) – “Lo eterno y lo temporal en el arte” (O. N. Derisi) – “De las espigas” (Basilio Uribe) – “La realidad democrática en la Argentina (H. Sáenz y Quesada).

Flor de leer: Enrique Banchs (Selección y nota de Osvaldo Horacio Dondo) – *Lamentación de la Espada* (León Bloy) – Pensamientos y Sentencias del Beato P. Bautista de la Concepción.

Libros: Por Emiliano Mac Donagh, M.J. Gómez Forgues, Carlos Mendióroz, A. Espezel, Juan Pearson, Ignacio Fernando Garay.

Sol y Luna N° 7

Buenos Aires, 1942.

Directores: Juan Carlos Goyeneche y Mario O. Amadeo.

Secretario de Redacción: J. M. de Estrada.

Consejo de Redacción: I. Anzoátegui, A. Espezel, S. de Estrada, Máximo Etchecopar, Leopoldo Marechal, Mario Mendióroz, César E. Pico.

Anuncios generales: Lubricantes YPF – Pascual Hermanos – Artes Gráficas Francisco A. Colombo (Hortiguera 552, Caballito) – Huemul – Caja Nacional de Ahorro Postal – 43 Calidad Superior.

Libros: Ediciones Sol y Luna.

Revistas: *Nueva Política* – *Orientación Española* (Una contribución a la Hispanidad. Dirección y Administración: Cangallo 439).

SUMARIO

“El concepto de la Imagen de Dios según San Ireneo” (Erik Peterson) – “La hora doliente y el poeta” (J.M. Pemán) – “Consideraciones sobre la moderna filosofía vitalista” (César E. Pico) – “Poema de Don Juan Manuel de Rosas” (I. Anzoátegui) – “La recuperación de las cosas” (J. M. de Estrada) – “Primer susto” (Carlos Cañal) – “El concepto de riqueza y la propiedad” (Gino Arias) – “Oración a Jesús para conocer al Padre” (Fray Juan de la Encarnación) – Monumentos religiosos de Córdoba colonial.

Flor de leer: *De la amistad* (Juan Casiano) – *Relox Mental de la Muerte* – *Los principios y la acción* (Selección del pensamiento de Oliveira Salazar).

Libros: Por Gastón Terán Etchecopar, A. Espezel, J.M. de Estrada, Pbro. J.I. Pearson.

Sol y Luna N° 8

Buenos Aires, 1942

(Misma configuración del N° 7)

Anuncios generales: Salvavistas, en las casas de electricidad – Huemul – Artes Gráficas Francisco A. Colombo – Caja Nacional de Ahorro Postal – Lubricantes YPF – 43 Calidad Superior.

Libros: Ediciones Sol y Luna.

Revistas: *Guión*. Revista Universitaria (Vicente López 1845. Redactores: Luis

María de Pablo Pardo, Horacio Noboa, Julio Ojea Quintana, Hipólito J. Paz, Enrique M. Pearson. Secretario de Redacción: Liniers de Estrada) – *Nueva Política*. Revista Mensual – *Ortodoxia*. Revista de los Cursos de Cultura Católica (Reconquista 572, publicada tres veces al año, en abril, julio y octubre).

SUMARIO

“Mi abuelo Estrada” (S. de Estrada) – “Oración en la soledad” (José María Souvirán) – “Sobre la fortaleza y la muerte” (Nimio de Anquín) – “Sonetos” (Roque Esteban Scarpa) – “Consideraciones sobre la moderna filosofía vitalista” (César E. Pico).

Flor de leer: Epistolario inédito de José Manuel Estrada – Rubén Darío – *El hecho de la lucha de clases* (Thierry Meaulnier).

Libros: *La crisis del estado de derecho liberal-burgués*, por Arturo Enrique Sampay.

Sol y Luna N° 9

Buenos Aires, 1942

(Misma configuración del N° 7)

Anuncios generales: Lubricantes YPF – 43 Calidad Superior.

SUMARIO

“La Santa María” (Daniel Sargent) – “Fábula de Fileno y Clori” (I.B. Anzoátegui) – “La cultura española y la conquista de América” (Juan P. Ramos) – “El Regio Vicariato de Indias y su método misional” (Atilio Dell’Oro Maini) – “El Imperio Español” (A. Espezel) – “Educación y cultura en la Argentina colonial” (Samuel W. Medrano) – “Hacia la hispanidad” (César E. Pico).

Flor de leer: *Túmulo a Colón* (Francisco de Quevedo) – *El descubrimiento de las Indias* – *Instrucciones de los Reyes al Almirante D. Cristóbal Colón* – Fragmento de la inmortal carta de Cristóbal Colón – *El cándido servidor de Dios* (León Bloy).

Libros: *La crisis de la conciencia europea* de Paul Hazard (A. Espezel).

Sol y Luna N° 10
Buenos Aires, 1943.
(Misma configuración de! N° 7)

Anuncios generales: 43 rubio – Banco de la Provincia de Buenos Aires.

SUMARIO

“El Hidalgo” (Alfonso Valdecasas) – “Sonetos” (Diego Navarro) – “Crisis de la obra de arte” (Máximo Etchecopar) – “A Adriano del Valle y Rossi” (Fernando de los Ríos y de Guzmán) – “El espíritu de la filosofía tomista” (O. N. Derisi) – “Cuento viejo catamarqueño” (Adela R.L. de García Mansilla) – “Don García Hurtado de Mendoza” (Luis G. Villagra).

Flor de leer: *Cancionero de Uppsala* – *La Ville* (Paul Claudel) – *La compra de la república* (Giovanni Papini –GOG).

Libros: *La cultura del Renacimiento en Italia*, de Jacob Burckhardt (A. Espezel).

Títulos publicados:**Hipótesis y Discusiones/1 - 1992.**

Lucero, Nicolás: *La Máquina Infernal. Apuntes sobre Rivera Indarte.*

Hipótesis y Discusiones/2 - 1992.

Rivera, Jorge: *Borges y Arlt. Literatura y periodismo.*

Hipótesis y Discusiones/3 - 1994.

Gasparini, Sandra: *Resquicios de la Ley. Una lectura de Juan Filloy.*

Hipótesis y Discusiones/4 - 1994.

Malosetti Costa, Laura: *Rapto de cautivas blancas. Un aspecto erótico de la barbarie en la plástica rioplatense del siglo XIX.*

Hipótesis y Discusiones/5 - 1994.

Ulla, Noemí: *Los años sesenta: Puig y Rozenmacher.*

Hipótesis y Discusiones/6 - 1995.

Mizraje, María Gabriela: *Norah Lange. Infancia y sueños de walkiria.*

Hipótesis y Discusiones/7 - 1995.

Rinesi, Eduardo: *Casi desencarnados. Intelectuales, Política y Televisión.*

Hipótesis y Discusiones/8 - 1995.

Croce, Marcela: *La Montaña: Jacobinismo y orografía.*

Hipótesis y Discusiones/9 - 1995.

Frugoni de Fritzsche, T. et al.: *Andrés Rivera: Utopismo y revolución.*

Hipótesis y Discusiones/10 - 1996. DOCUMENTOS

Roberto Amigo Cerisola y María Gabriela Mizraje: *Roca y la gente más inesperada.*

Hipótesis y Discusiones/11 - 1996.

María Sonderéguer: *Crisis: Las certezas de los '70.*

Hipótesis y Discusiones/12 - 1996.

Renata Rocco-Cuzzi: *Leoplán: contrapunto de la biblioteca al kiosco.*

Hipótesis y Discusiones/13 - 1996.

Miguel Vitagliano: *La Novela extraña de Sicardi: Una lectura de Libro Extraño.*

Hipótesis y Discusiones/14- 1997.

María Pia López-Guillermo Korn: *Mariátegui: entre Victoria y Claridad*

Hipótesis y Discusiones/15- 1998.

Patricia Andrea Dosio: *Una estrategia del Poder: La Exposición Continental de 1882.*

Hipótesis y Discusiones/16- 1998.

María Pia López: *Victoria Ocampo: Memorias y viajes.*

Hipótesis y Discusiones/17- 1999.

Brenda Carol Axelrud y Laura Calabrese: *Macedonio Fernández: ¿Un problema crítico?*

Hipótesis y Discusiones/18- 1999.

Noemí Ulla (comp.): *Silvina Ocampo: una escritora oculta.*

Hipótesis y Discusiones/19- 2000.

Fermín Rodríguez: *Estanislao S. Zeballos: un desierto para la Nación.*

Hipótesis y Discusiones/20 - 2000.

Teresita Frugoni de Fritzsche y Horacio Eduardo Ruiz: *Ricardo Güiraldes: Proa hacia el Caribe.*

Hipótesis y Discusiones/21 - 2001.

Emilio Bernini: *Philippe Lejeune: Historia literaria y autobiografía.*

Hipótesis y Discusiones/22 - 2002.

Emilio Bernini: *Ciertas tendencias. Notas sobre el «nuevo cine argentino» (1956-1966).*